

VERDAD ETERNA REALIDAD PRESENTE



Oswaldo Rebolleda

VERDAD ETERNA REALIDAD PRESENTE



Osvaldo Rebolleda

Este libro No fue impreso
Con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa
rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **EGE**

Revisión literaria: **Autores Argentinos IA**

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

CONTENIDO

Introducción.....	5
Capítulo uno:	
Verdad o Realidad.....	8
Capítulo dos:	
Verdad ignorada triste realidad.....	20
Capítulo tres:	
Realidades cambiadas por la verdad eterna.....	32
Capítulo cuatro:	
Naciones cambiadas por la verdad eterna.....	45
Capítulo cinco:	
La Verdad manifiesta en la realidad.....	58
Capítulo seis:	
Realidades personales y la Verdad eterna.....	72

Capítulo siete:

Realidades espirituales Verdades presentes.....86

Reconocimientos.....98

Sobre el autor.....100



INTRODUCCIÓN

“Que todo hombre nos considere de esta manera: como servidores de Cristo y administradores de los misterios de Dios”.

1 Corintios 4:1 LBLA

Los sociólogos intentan desentrañar dónde reside la verdad en el mundo actual, y algunos, amparados en principios filosóficos, consideran al conocimiento o la ciencia como el fundamento de la verdad. Sin embargo, no pueden explicar por qué, a pesar de vivir en una era de avances científicos y tecnológicos, la desorientación intelectual es un hecho tan innegable.

Existe una dicotomía evidente que cotidianamente influye en la conducta de la sociedad actual. Por un lado, estamos inmersos en la era de la información y del conocimiento, con logros universales irrepetibles y niveles de alfabetización y educación sin precedentes. No obstante, algo claramente no encaja en este panorama. Es la degradación moral, la pérdida de valores y la disminución de la consciencia espiritual.

Hoy en día, se cree que la lucha por la consciencia social es primordial y que la expansión de las fronteras del conocimiento es esencial para una sociedad mejor. Se enseña

que solo el conocimiento y el estudio profundo de los planos políticos, ideológicos y filosóficos son las bases de la salvación para una sociedad cada vez más desorientada. Aunque esto pueda parecer lógico, los hijos de la luz debemos tener claro que esto no es más que humanismo oscurecido por las tinieblas.

Desde los días de Adán, los seres humanos han manifestado una clara tendencia: buscar sabiduría para gobernar la vida, pero solo han logrado hacerse cada vez más ignorantes de las verdades eternas. Adán fue creado como un ser sabio, pero su gestión de vida debía desarrollarse en dependencia de Dios, quien es el Rey y Señor de toda Su creación.

El deseo de independencia solo lo llevó por el camino de la oscuridad, donde la influencia es la de Satanás. La sabiduría intelectual ha retrasado al hombre durante siglos, porque el avance del conocimiento intelectual no solo ha evidenciado la desconexión espiritual con Dios, sino que también parece haber ampliado la brecha con las verdades espirituales.

Este libro tiene la intención de traer la existencia de las verdades espirituales, a la realidad presente que estamos viviendo, no solo nosotros, sino la sociedad en general. Tal vez nosotros, como hijos de Dios, manejamos de manera natural las verdades espirituales, pero al mismo tiempo, no estoy seguro de que las estemos administrando correctamente.

Estoy convencido de que el análisis de las verdades espirituales en el contexto de las realidades que vivimos nos permitirá comprender muchas situaciones que nos ocurren y que ciertamente nos desconciertan mal. Creo que debemos ser más claros al analizar los hechos de la vida desde la perspectiva del Reino y no al revés. Es esa la invitación que les hago a todos los lectores, y espero que puedan valorarla, invirtiendo en esta lectura, tiempo y atención de calidad.

Que la gracia del Señor nos ilumine a todos, y podamos recibir entendimiento y sabiduría espiritual para buscar y vivir el Reino de Dios en toda su plenitud. Estoy seguro de que este libro contribuirá grandemente a este propósito. ¡Espero que puedan disfrutarlo!

“Ahora bien, además se requiere de los administradores que cada uno sea hallado fiel”.

1 Corintios 4:2



Capítulo uno

VERDAD O REALIDAD

“Por esto, yo no dejaré de recordaros siempre estas cosas, aunque vosotros las sepáis, y estéis confirmados en la verdad presente”.

2 Pedro 1:12

El apóstol Pedro utiliza la expresión “la verdad presente” para confirmar nuestra fe, pero he decidido titular este libro como “La Verdad Eterna y la Realidad Presente”, motivo que deseo explicar en este primer capítulo.

En primer lugar, debo decir que la expresión “la verdad presente” es bastante utilizada hoy en día, y ciertamente es muy bíblica, porque Pedro la menciona de manera literal. Por supuesto, estoy absolutamente de acuerdo con Pedro. Sin embargo, el motivo de mi cambio es principalmente encontrar un contraste bien definido para exponer los conceptos que quiero enseñar.

Por su parte, la llamada Iglesia Adventista del Séptimo Día cree que ha sido levantada por Dios con un mensaje especial para este tiempo, en cumplimiento de la profecía de **Apocalipsis 12:17**. Ellos reconocen este mensaje especial como la “Verdad Presente”. Creen que estas verdades han sido olvidadas por el mundo cristiano y que, según **Apocalipsis 14:6 y 7**, es un mensaje de urgencia que debe ocupar un lugar especial en los púlpitos de cada congregación.

Mi tarea en este libro no está vinculada en absoluto con la línea doctrinal de ellos, ni siquiera estoy considerando confrontarla en nada. Solo lo aclaro para que, si alguien conoce esta expresión de “la verdad presente”, no encuentre confusiones respecto de los conceptos que encierran mi enseñanza.

Utilizaré el término “verdad eterna” para señalar a Cristo y Su Palabra eterna, y el término “realidad presente” para señalar nuestra vida hoy, cualesquiera sean las circunstancias que podamos estar atravesando de manera personal o corporativa, en lo referente a la expresión del Nuevo Hombre.

Cuando la verdad se hace presente, nuestra realidad es trastocada por completo. De hecho, la verdad es más fuerte que nuestra realidad en todos los casos. Sin embargo, a pesar de tener una legítima revelación de la verdad en el presente, puede que estemos viviendo una realidad adversa o contraria a la verdad que nos sostiene. Es por esto que determiné cruzar

las expresiones para que queden bien definidas entre lo eterno y lo presente, entre la realidad que vivimos y la verdad de Dios.

La verdad no son simples conceptos; la verdad es Jesucristo (**Juan 14:6**). Por tal motivo, la verdad es eterna e indiscutible, aun cuando no la tengamos presente, o incluso si estamos viviendo una realidad contraria a la verdad. Esta sigue siendo la verdad y no hay forma de afectarla. Es por eso que la denomino como eterna y no como algo que debe ser experimentada para cobrar valor o autoridad. La Palabra viva posee eso, más allá de nosotros.

Cuando Jesús estaba a punto de ser crucificado, el gobernador romano Poncio Pilato le hizo la gran pregunta que cualquier ser humano desearía hacer: “*¿Qué es la verdad?*” (**Juan 18:38**). Se considera que Pilato hizo esa pregunta de modo irónico, porque sus hechos demostraron que no estaba pensando seriamente en recibir semejante respuesta de un reo tan peculiar como Jesús.

Lo cierto es que Pilato le estaba preguntando eso a la Verdad encarnada. Él tenía la autoridad para hacer justicia y, sin embargo, estaba a punto de juzgar mal a la Verdad. En realidad, permitió que la Verdad fuera crucificada. Creo que nunca imaginó que estaba ante el verdadero Camino, la única Verdad y la Vida misma...

La verdad es eterna; por eso la cruz no pudo acabar con ella. La búsqueda filosófica de la verdad ha sido incansable,

pero sin la activación de la fe, todos los que pretenden hallarla parecen cada vez más confundidos. El apóstol Juan dijo que la vida es la luz de los hombres (**Juan 1:4**), y sin recibir vida, nadie puede llegar a la verdad, porque la verdad es Dios mismo, y nadie puede acceder a Él sin haber recibido la gracia de la regeneración.

Cuando la Biblia dice: **“Dios, en el principio...” (Génesis 1:1)**, no trata de explicar quién es Dios, ni de dónde ha salido. Simplemente, aparece en escena y actúa, porque Él existe en sí mismo y es el Creador de todas las cosas. Dios es la verdad, y toda verdad proviene de Él. En la Biblia, desde siempre se lo llama la Verdad (**Salmo 31:5**).

Es por eso que al enviar a Su Hijo, envió Su esencia, y Juan dice que Él estaba **“lleno de gracia y de verdad” (Juan 1:14)**. Las Escrituras definen a Jesucristo como la expresión de la verdad, el comunicador de la verdad, el testigo de la verdad, el origen de la verdad y el predicador de la verdad. Él es la verdad personificada. Cristo es la revelación definitiva de la verdad eterna a los hombres.

Ahora bien, debemos comprender que la revelación de la verdad produce libertad, ya que Jesús mismo dijo: **“Conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres” (Juan 8:32)**. Esto implica que la libertad siempre será proporcional a la verdad que se nos haya revelado. Conocer a Cristo es conocer la verdad, lo cual implica un proceso de iluminación y de liberación.

Es claro que los esclavos no gobiernan; por lo tanto, la vida de Reino solo puede manifestarse a través de la expansión de la verdad. Nuestra realidad presente será inevitablemente afectada por el conocimiento de la verdad, y eso es lo que muchos hermanos no comprenden.

Cuando nos predicán el evangelio, generalmente nos invitan a la Iglesia, y no solo nos hablan del Señor, sino que también nos ofrecen todo tipo de cambios para nuestra vida y soluciones para nuestros problemas. Obviamente, eso nadie lo hace con maldad, pero es una deformación del evangelio del Reino.

Esto no es inocente, porque conforme a su esencia, ese evangelio deforma nuestra manera de pensar. Es por eso, que lo primero que pensamos es que Dios acabará con nuestros problemas y que nuestra vida será más fácil en todos los sentidos. Sin embargo, luego de algunos procesos, debemos descubrir y asimilar que esto no es tan así.

Es entonces cuando nuestra realidad presente contrasta con la verdad eterna que creímos recibir. Probablemente, muchas situaciones cambiaron para bien, pero de ahí a resolver todo, es casi una utopía. No porque Dios no pueda hacerlo; Él es Todopoderoso y puede solucionarnos absolutamente todo, pero nos ama demasiado para hacerlo. Él desea lo mejor para nosotros, y lo mejor nunca es no tener ningún problema.

Seguramente nos encantaría que así fuera y daríamos todo por ello, pero pensar de esa manera solo sería alimentar una ilusión. Nuestra capacidad resolutive, nuestra madurez espiritual y nuestra sabiduría solo pueden ser desarrolladas en los procesos de adversidad.

Dios no pretende evitar nuestros conflictos, porque los conflictos producen la muerte de nuestro yo, y esa es la única manera de avanzar en la expresión de Cristo a través del poder de Su vida. Cada vez que morimos a nuestros razonamientos y a nuestros sentidos, una porción mayor de Cristo es formada en nuestro ser.

Además, el Señor desea que podamos crecer poco a poco, en lugar de producir una explosión de madurez instantánea. Esto es lo que Él ha decidido, y nosotros solo debemos adorarlo por Su sabiduría, aun cuando no lleguemos a comprenderla totalmente. Si agarramos un durazno y lo metemos en el horno, obtendremos un durazno cocinado o quemado, pero no maduro. La madurez se produce en la planta, y en el fluir de la vida.

Tal vez no podamos darnos cuenta, pero es asombroso lo que puede llegar a producir el sufrimiento en nosotros. No podemos obtener ningún avance espiritual en nuestra realidad presente sin la revelación de la cruz. Me refiero a la cruz que obra dentro de nuestro ser cuando somos oprimidos, azotados y quebrantados por la adversidad.

Reitero, desearíamos que no fuera así; incluso podemos comprometernos a la entrega voluntaria, pero eso no funciona, lo puedo asegurar por experiencia propia. Recuerdo que al momento de ser ungido como evangelista, le prometí a Dios no abandonar jamás Su camino. Le dije que seguramente cometería errores en la gestión ministerial, pero que no dejaría de intentar cada día de mi vida servirle con pasión.

Hasta ahí todo bien, el tema es que le prometí obediencia, intercambiando mi actitud con la ausencia de problemas. ¡Qué gran error! Pedirle a Dios no tener problemas a cambio de buena actitud, solo fue una presunción, y un vano intento de proteger mi “yo”, algo que Dios nunca pasaría por alto.

Por supuesto, después de tantos años, puedo decir que aprendí mucho de mis necias reacciones, y que me avergüenzo de haber tenido tan bajo el umbral del dolor para enfrentar la cruz de mis procesos. Al final, no encuentro virtud alguna en mi ser; con lo cual, he llegado a deleitarme más y más en Su grandeza, porque admiro infinitamente Su paciencia y Su gracia para conmigo.

La verdad eterna es que Dios usa nuestros desencantos, nuestras desilusiones y nuestros quebrantos para llevarnos a confiar cada vez más en Él, y cada vez menos en nosotros mismos. ¿Quién no lo ha dicho en oración: ¡Señor, mata mi yo de una vez por todas para no ofenderte nunca más!? Sin

embargo, nada de eso ocurrirá sin procesos de quebrantamiento para una sana expansión de la fe.

Cuando la realidad presente nos golpea, gruñimos como osos y gemimos lastimeramente como palomas; esperando justicia como Israel (**Isaías 59:11**), y pensamos que no hay justicia en el dolor, pero nos equivocamos. Es justamente la justicia la que está tratando con nuestro yo. Pregunto: ¿No nos reconocemos en Pilato, preguntando por la verdad y juzgando mal las causas divinas?

Debemos aprender a ver con los ojos de la verdad eterna, y entonces llegaremos a comprender los motivos que acechan nuestra realidad presente. Lógicamente, nos pueden molestar aún las pérdidas más pequeñas, pero no debemos dejar de ver las ganancias eternas.

Nuestro exceso de amor por nosotros mismos, nos hace más propensos al sufrimiento, y eso agrava exponencialmente nuestras pruebas. Debemos abandonarnos en las manos de Dios, rindiéndonos de una vez. La lucha por la supervivencia solo nos genera mayor dolor. Todo lo que haya en nosotros, que aún no forme parte del Reino de Dios, necesita de la operación de la cruz.

Hace varios años, hice un retiro personal en el campo de un matrimonio mayor que asistía a la iglesia de la cual, en ese tiempo, yo era un evangelista ordenado. Me propuse ayunar durante varios días, y ciertamente pasé unos veintiún días muy especiales. Uno de esos días fue el cumpleaños del

dueño del lugar, por lo cual hicieron un asado que puso a prueba todo mi deseo.

El hombre, ya anciano, viendo que pude soportar la prueba con gran esfuerzo, me prometió regalarme un corderito antes de volver a mi casa. En Argentina nos gusta mucho el asado, y el cordero es ciertamente muy sabroso. El problema que no esperaba enfrentar, era el hecho de que este anciano, el último día, me pediría que lo ayudara a sacrificar ese hermoso animalito.

Yo estaba muy sensible por el ayuno y los hermosos tiempos que había vivido con el Señor, pero me encontré tratando de sostener al corderito para que este hombre lo degollara. No puedo explicar lo que viví ese día; no he podido quitarme la imagen nunca más. El corderito no gritó, ni pataleó desesperado, solo se rindió en nuestras manos, a pesar de que estábamos tratando de matarlo.

Movió sus patitas suavemente y no gritó en ningún momento. Yo no lo podía creer, me pareció absurdamente espantosa mi posición. Diría que solo vi a Jesús, lo vi rendirse sin abrir su boca, lo vi tan claramente que corrí desesperado a mi habitación y lloré amargamente, porque comprendí la forma en que mi Señor se rindió en esa cruz del Calvario.

Él no gritó, no maldijo, no se enojó, no se puso violento físicamente, no hizo nada, solo perdonó y se entregó en las manos del Padre **(Lucas 23:46)**. Luego comprendí cuán lejos estamos de Su ejemplo. Comprendí cuán injustos

son nuestros razonamientos y nuestras murmuraciones. Cuán faltas de fe son nuestras luchas para evadir los dolores; vi cuán vivos estamos, cómo gritamos y pataleamos para no morir al yo.

Ciertamente, la verdad eterna no dejará de hacer su trabajo en nuestra realidad presente, y cuanto más nos resistamos a eso, más vamos a sufrir. Cuando aceptamos la cruz en amor, Su Reino comienza a tomar vida dentro de nosotros. No estoy sugiriendo que sea fácil, estoy diciendo que debemos tomar el ejemplo de Jesús, nuestro Señor.

Necesitamos la cruz. Realmente somos bienaventurados cuando somos débiles, porque en nuestra debilidad se manifiesta el poder de Dios, y cuando no podemos más, Su vida es expresada. Debemos orar para que nos sobrevenga una verdadera revelación de la cruz en nuestro interior.

No es algo que nos produzca emoción, pasar por procesos de dolor, pero es el camino de Dios. Las palabras no bastan para reclamar el Reino; no importa cuánto levantemos la voz recitando las verdades eternas, si no pueden atravesarnos, tampoco podremos experimentarlas, y nadie verá en nosotros la expresión de Cristo.

Tristemente, veo que en la Iglesia de hoy, la mayoría de los hermanos buscan a Dios por sus bendiciones, por sus obras, y por sus dádivas. Otros lo siguen por Su toque, Sus capacidades y Su fortaleza, lo cual parece mucho mejor, pero

ninguno de nosotros anda buscando el camino de la cruz. Somos como Jonás; nos hacemos los distraídos, pero compramos un pasaje a Tarsis, cuando tenemos que ir a Nínive.

Como bien pueden apreciar, no me estoy incluyendo para quedar bien, ni para parecer humilde. Si hubiese sido verdaderamente manso, habría sido más efectivo muriendo rápidamente, pero llevo décadas muriendo a mí mismo y cada año de crecimiento espiritual me revela una necesidad mayor de morir, llegando a comprender, como Pablo, que la única manera de alcanzar algunas cosas será justamente cuando nuestra carne deje de existir.

“No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús. Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús”

Filipenses 3:12 al 14

Sería bueno que todos podamos analizar si nuestra realidad presente está manifestando o no, la verdad eterna del Reino. Sería bueno sincerarnos respecto de nuestra actitud ante la muerte del “yo”. ¿Solo estamos luchando para mejorar nuestra realidad presente, o estamos buscando la manifestación de la verdad eterna? ¿Somos realmente

conscientes de que tal cosa puede alcanzarse solamente si enfrentamos los procesos divinos?

No deseo tampoco que lleguen a pensar que el camino del evangelio es solamente procesos y dolor. De ninguna manera, eso solo le sobreviene a nuestra vieja naturaleza, pero nuestra nueva vida se deleita en la vida de Cristo, y no hay mayor deleite que Su persona. No hay nada mejor que Dios en esta vida y nosotros tenemos el privilegio de disfrutarlo.

Así dice el Señor: “Que no se gloríe el sabio de su sabiduría, ni el poderoso de su poder, ni el rico de su riqueza. Si alguien ha de gloriarse, que se gloríe de conocerme y de comprender que yo soy el Señor, que actúo en la tierra con amor, con derecho y justicia, pues es lo que a mí me agrada afirma el Señor”.

Jeremías 9:23 y 24 NVI



Capítulo dos

VERDAD IGNORADA TRISTE REALIDAD

“Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron”

Romanos 5:12

Dios creó al hombre a Su imagen, por lo cual su naturaleza y el rol para el cual fue creado son únicos en la creación. La esencia de Dios en su espíritu, la esencia de la tierra en su cuerpo, y el compartir la vida orgánica con toda la creación animada, lo calificó para representar a Dios delante de la creación, y a toda la creación delante de Dios. Es decir que, hasta su caída, el hombre ocupó un rol de mediador entre Dios y la creación terrenal.

La idea de que el hombre es mediador entre Dios y la creación no solo enfatiza su papel especial, sino que también subraya la interconexión entre lo divino y lo terrenal. La frase La esencia de Dios en su espíritu, y la esencia de la tierra en

su cuerpo, evoca una imagen poderosa de la unión de lo celestial y lo terrestre en la humanidad.

El Reino de Dios podía manifestarse en la tierra, y las alabanzas de la creación física se podían dirigir a Dios por medio del hombre. Dios podía hablar al hombre, y con labios humanos el hombre podía señorear y sojuzgar sobre toda la creación terrestre **(Génesis 1:28)**. Sin dudas, la realidad presente del hombre llegó, al menos por breve tiempo, a ser verdaderamente gloriosa.

La libertad de Adán fue extraordinaria, con lo cual pudo ejercer gobierno, pero tuvo una sola restricción. Dios le señaló un árbol en el jardín del cual no debía comer. Parece absurdo imaginar una restricción más pequeña. Todas las frutas del Edén eran de él, y para que las disfrutara. Todos los árboles eran de él, para que los cultivara y multiplicara la producción. Todos los animales eran suyos para que les pusiera nombre y los gobernara con poder, por lo cual, la prohibición sobre una fruta no parece nada que no pudiera respetar.

La autoridad con la cual Adán podía gobernar, provenía de sostenerse bajo el gobierno de Dios. Es por eso, que fue necesario que Adán enfrentara la prueba de la obediencia. Adán tenía en sus manos el destino de todos sus descendientes, porque él era el padre de los que nacerían a su imagen. Por su obediencia puesta a prueba, su justicia pasaría más allá de su inocencia original.

Lamentablemente, todos sabemos lo que ocurrió: Adán ignoró la orden divina, y las consecuencias cambiaron por siempre la realidad de la humanidad. Uno de los efectos inmediatos de la caída fue que la humanidad se separó de Dios, porque la comunión espiritual se rompió de manera absoluta (**Isaías 59:2**).

En la abundancia del Edén, Adán y Eva tenían una perfecta comunión con Dios. Cuando se rebelaron contra Él, esa comunión se rompió y esa abundancia se terminó. Ellos se dieron cuenta de su pecado y demostraron su vergüenza al esconderse de Él (**Génesis 3:8 al 10**). La realidad se convirtió en una triste situación de desarraigo, escasez y dolor.

En el Edén, Adán y Eva gozaban de una increíble abundancia. Sin dudas, era un lugar hermoso y con un clima perfectamente adecuado para la vida, ya que ellos estaban desnudos y la temperatura indudablemente sería totalmente amigable (**Génesis 2:25**). El Edén era un lugar naturalmente regado por un vapor de agua y por la provisión de cuatro ríos que, sin duda, contribuían al desarrollo de la vida.

La variedad alimenticia con la que contaban era enorme, ya que tenían toda clase de árboles, y la Palabra dice que sus frutos eran deliciosos para comer (**Génesis 2:9**). Aunque Adán y Eva no comían carne, había toda clase de animales inofensivos, ya que no necesitaban ningún tipo de protección contra ellos, lo cual permite asegurar que el entorno era perfectamente adecuado y amigable.

Sin embargo, todo ese bienestar se convirtió en una triste realidad para ellos. Perdieron de vista el propósito por el cual habían sido creados, y lo que es peor, la muerte entró en escena convirtiéndose en parte de esa realidad. A partir de entonces, toda la creación pasó a estar sujeta a las tinieblas y la muerte.

La caída produjo en los seres humanos un estado de depravación y de necedad absoluta. La rebelión les hizo perder la inocencia, y sus mentes fueron oscurecidas por el pecado, al igual que las mentes de sus herederos. Pablo enseñó que, habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido **(Romanos 1:21)**.

Siempre digo que lo mejor que nos puede pasar es que Dios nos hable, pero lo peor nos puede sobrevenir, si es que después de que nos habló, decidimos ignorar sus palabras. El caso de Adán es el ejemplo que lamentablemente no puedo eludir. Muchas veces he mencionado sus vivencias en mis libros, y créanme que me gustaría obviarlos, pero es imposible, porque la realidad que despertaron junto a Eva, fue lo que le dio lugar a la maldición, la condenación y la muerte sobre la humanidad.

Gracias a Dios, la manifestación de la verdad eterna produjo un plan de salvación, en el cual Dios mismo es el que proveyó lo necesario para la redención total. Desde Adán, todos los seres humanos somos totalmente incapaces de

salvarnos a nosotros mismos debido a nuestra naturaleza de pecado, por lo cual, a través de la gracia soberana, el Señor implementó un diseño que nos permita acceder nuevamente a la verdad eterna para valorarla como se merece.

Dios se hizo un ser humano en la persona de Jesucristo (**Juan 1:1, 14**). Vivió como hombre y lo hizo sin pecar (**2 Corintios 5:21; Hebreos 4:15; 1 Juan 3:5**). Se ofreció a sí mismo como un sacrificio perfecto por toda la humanidad (**1 Corintios 15:3; Colosenses 1:22; Hebreos 10:10**). Ya que fue perfectamente hombre y perfectamente Dios, Su muerte fue de valor infinito y eterno. La muerte de Jesucristo en la cruz pagó completamente por los pecados del mundo entero (**1 Juan 2:2**). Su resurrección de entre los muertos demostró que Su sacrificio era en verdad suficiente y que la salvación está ahora disponible para todos.

Esa es la buena noticia del evangelio del Reino. Lamentablemente, después de tan maravillosa obra, nadie lo busca, nadie lo cree y nadie lo ama. Eso también nos incluye a nosotros, ya que sin la vida que produce la luz, nadie puede recibir y valorar la verdad eterna. Tal desprecio produce tristes realidades en todos los perdidos.

Por supuesto, Dios no se rindió ante eso, Él nos conoce muy bien, por eso actúa a través de Su gracia, tocando a muchos de nosotros para que podamos conocerle, recibir Su vida y caminar en Su luz. Esto lo explico claramente en mi libro titulado “Salvados por su Gracia”. Es un tema algo controversial y no quisiera desenfocarme de mi objetivo en

este libro, pero los invito a leerlo porque estoy seguro de que será de gran ayuda para comprender la dinámica de nuestra salvación.

***“Porque por cuanto la muerte entró por un hombre,
también por un hombre la resurrección de los muertos.
Porque así como en Adán todos mueren, también en
Cristo todos serán vivificados”.***

1 Corintios 15:21-22

En muchos de mis libros he tenido que citar el ejemplo de Adán, pero ciertamente sus vivencias, son ineludibles, porque su transgresión sumió a la humanidad en el pecado, y nos da una enseñanza clara de cómo comenzó todo para los seres humanos. Sin embargo, también debo decir que los hechos ocurridos en el Edén no fueron el origen del pecado. En **Ezequiel 28:13 al 15** se menciona a Lucifer, que fue creado originalmente sin defecto, como lo fueron todas las cosas creadas por Dios.

El versículo **15** nos da una pista sobre el origen del pecado, porque dice: ***“Perfecto eras en todos tus caminos desde el día que fuiste creado, hasta que se halló en ti maldad”***. Además, **Isaías 14:12 al 14** también indica que Lucifer pecó por su orgullo y su codicia respecto del trono de Dios. Cuando se produjo su rebelión, fue expulsado de la presencia del Señor y despojado de sus privilegios.

Esto nos lleva a la pregunta: ¿Cómo se manifestó el mal en una criatura perfecta? ¿Por qué determinó ignorar la

verdad eterna para terminar padeciendo una realidad tan penosa? Bueno, no conocemos los detalles, pero es claro que las tinieblas solo son la ausencia de la luz. El mal no es una criatura creada y no tiene un ente independiente, pero se genera por ignorar la voluntad eterna de Dios.

El Padre siempre ha sido coherente con Su naturaleza perfecta (**Deuteronomio 32:4**). Todo pecado, por lo tanto, debe venir de las criaturas creadas y no del Creador; el deseo de maldad siempre ha surgido en el corazón de las criaturas, a través de la libertad otorgada (**Santiago 1:14 y 15**). El pecado que se halló en Lucifer, fue debido a la elección que hizo al buscar algo distinto a lo que Dios había elegido para él. Cada vez que buscamos algo distinto a la elección de Dios, pecamos, pero Dios lo permite por causa de la libertad con la cual nos creó.

Decir que el pecado se originó en las criaturas de Dios no significa que a Dios lo haya tomado por sorpresa. Aunque Dios no provocó el pecado, porque todos Sus caminos son buenos, y no hay ninguna tiniebla en Él (**1 Juan 1:5**). Sin embargo, ciertamente lo permitió o no existiría, ya que Dios es Soberano sobre todas las cosas. La pregunta sería: ¿por qué lo permitió?

Bueno, lo podría haber evitado, pero eso habría significado despojar a Su creación de su libre albedrío (**Daniel 4:17; Salmo 33:10 y 11**). Con esto no pretendo defender a Dios, ni falta que hace tal presunción. Dios no necesita eso. El misterio del mal y la razón por la que Dios

ha permitido que exista, con todo el sufrimiento que causa, puede que nunca se conozca completamente en este mundo; sin embargo, las Escrituras también aseguran que la realidad presente de las tinieblas en el mundo, ya tiene fecha de vencimiento.

A partir de Adán, el pecado comenzó a provocar un daño cada vez mayor. La esencia siempre fue la misma: la rebelión, afincada en el orgullo y el egoísmo de corazones pervertidos y mentes entenebrecidas, que una y otra vez determinaron ignorar la verdad eterna establecida por Dios.

“Y vio Jehová que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal. Y se arrepintió Jehová de haber hecho hombre en la tierra, y le dolió en su corazón. Y dijo Jehová: Raeré de sobre la faz de la tierra a los hombres que he creado, desde el hombre hasta la bestia, y hasta el reptil y las aves del cielo; pues me arrepiento de haberlos hecho”.

Génesis 6:5 al 7

Aparentemente, la razón más significativa por la que Dios decidió provocar el diluvio es que la corrupción del corazón del hombre dominaba completamente a la humanidad en los días de Noé. Por supuesto, Dios sabía que enviar el diluvio no arreglaría la condición humana, y ciertamente no lo hizo. En **Génesis 8:21**, el Señor volvió a decir: ***“el intento del corazón del hombre es malo desde su***

juventud". Sin embargo, también dijo: ***“no volveré más a destruir todo ser viviente, como he hecho”***.

En **1 Corintios 10:11**, el apóstol Pablo nos dice que los relatos del Antiguo Testamento son provechosos por tratarse de algo más que registros históricos: ***“Y estas cosas les acontecieron como ejemplo, y están escritas para amonestarnos a nosotros, a quienes han alcanzado los fines de los siglos”***. Es por eso que debemos prestarles mucha atención.

En la historia del diluvio hay un gran ejemplo que debemos atender, y es que Jesús, en sus enseñanzas, establece un paralelismo entre la historia del diluvio universal y los tiempos previos a Su venida (**Mateo 24:37 al 39**). Es evidente que, así como los contemporáneos de Noé no comprendieron su inminente destino, muchos de nuestros contemporáneos serán arrastrados por el juicio de Dios sin entender nunca su necesidad de un Salvador.

El diluvio fue la triste realidad de quienes determinaron ignorar la verdad eterna, y el gran juicio final será la triste realidad de todos los que han caído en el mismo patrón de conducta. Nosotros, los cristianos, no somos mejores que los demás, porque nuestra naturaleza pecaminosa nos conducía sin remedio al mismo destino de condenación.

La conexión entre el relato del diluvio y la actualidad, tal como se presenta en **Mateo 24:37 al 39**, establece un

paralelismo que invita a la reflexión sobre la relevancia continua de las Escrituras. La idea de que la historia del diluvio es un ejemplo para nuestra generación, refuerza la urgencia de reconocer nuestra necesidad de redención y la gracia de Dios.

En el pasado, nuestra triste realidad estaba determinada por la ignorancia que había en nuestros corazones. Solo ha sido la gracia del Señor la que nos ha proporcionado la vida, la luz y la convicción necesaria para comprender la verdad eterna y respetarla de corazón.

Es una constante en todas las Escrituras, que cada vez que alguien determinó ignorar la verdad eterna, la realidad presente se le complicó. Esto ocurre como consecuencia de desoír un consejo divino, y si de juicios hablamos, miremos la cruz del Calvario y observaremos el daño que produce el menospreciar la verdad eterna.

Si estuviéramos viajando por la ruta con nuestro vehículo, y de pronto viéramos un gran cartel blanco con letras rojas que dice: ¡Cuidado, curva peligrosa a la derecha! ¿Qué deberíamos hacer? Claro, la respuesta está llena de obviedad, porque sabemos que ignorar esa verdad escrita en un cartel puede ser mortal, porque fue puesta ahí para salvarnos la vida.

Lo que los seres humanos hacemos con la verdad divina es exactamente lo contrario. Dios dijo: ¡No comas de esta fruta, porque si lo haces, ciertamente morirás! Pero Adán

determinó doblar a fondo, comiéndose la fruta, e ignorando completamente la verdad divina. Por supuesto, pasó lo único que podía pasar, cayó al precipicio de la vida sin Dios, y murió, generando la muerte de toda su descendencia.

Dios no estaba probando a Adán con una mentira, no lo estaba engañando. Dios no hace eso, el engañador es el diablo. Dios solo dice la verdad, es por eso, que no debemos ignorar sus Palabras, porque hacerlo, nos puede generar tristes consecuencias.

Dios no mintió cuando por medio de Noé, le gritó al mundo durante casi cien años, que vendría un gran diluvio que sería mortal. Sin embargo, ignorar esa verdad eterna, trajo como consecuencia la muerte de millones de seres humanos, así como de la fauna y la flora de la mayor parte del planeta.

Dios no está jugando con nosotros. Gracias a Dios, quienes ahora somos sus hijos, caminamos en luz y hemos comprendido sobre el valor de la verdad. Sin embargo, el mundo se burla de las advertencias apocalípticas que durante siglos se han anunciado. Dios está teniendo mucha paciencia y sigue hablando, pero llegará el gran día del Señor, y será demasiado tarde para quienes hayan ignorado Su verdad eterna.

La realidad será tan triste para millones de personas, que queriendo huir, no podrán más que enfrentar las tristes consecuencias. Por ahora, nuestros pregones, son como

vanos mensajes de pobre gente religiosa, que ha determinado creer tonterías. Débiles mentales que están asistiendo a ciertas reuniones donde les lavan la cabeza con absurdas mentiras.

¡Qué triste realidad la de los que piensan así! No lo digo juzgando a nadie, por el contrario, yo también estuve ahí, yo también pensé que los evangélicos eran pobres personas atrapadas en prácticas religiosas. El día en que recibí la vida y la luz de Dios, pude comprender la verdad eterna. Verdad que desde entonces, respeto y predico.

De hecho, una sola cosa deseo en la vida, y es utilizar hasta el último de mis días, en servir a Dios, en enseñar y anunciar la verdad eterna, para que la triste realidad presente de muchos, pueda cambiar para siempre, y para que al final de los tiempos, muchos puedan reaccionar por causa de la gracia que desde la obra de Cristo, acompaña a la verdad eterna.

“Más a cuantos lo recibieron, a los que creen en su nombre, les dio el derecho de ser hijos de Dios. Éstos no nacen de la sangre, ni por deseos naturales, ni por voluntad humana, sino que nacen de Dios. Y el Verbo se hizo hombre y habitó entre nosotros. Y hemos contemplado su gloria, la gloria que corresponde al Hijo unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad”.

Juan 1:12 al 14 NVI

Capítulo tres

REALIDADES CAMBIADAS POR LA VERDAD ETERNA

“Por la fe, Abrahán obedeció cuando fue llamado, y salió sin saber a dónde iba, y se dirigió al lugar que iba a recibir como herencia”

Hebreos 11:8

En este capítulo no puedo obviar al patriarca Abraham, conocido como “el padre de la fe”, ya que fue un hombre que no ignoró la verdad eterna, sino que la honró obedeciéndola, y por ello su fe le fue contada por justicia (**Santiago 2:23**).

Notemos que la palabra “*fe*” en este pasaje de la carta a los Hebreos, se asocia con la palabra “*obedeció*”. Es decir, vivir en sumisión a lo que Dios ordena es la esencia de la fe. Eso fue lo que hizo Abraham en gran medida, y por eso se lo denominó el padre de los fieles, aquellos que también hemos creído en la verdad eterna.

Mientras Abraham aún vivía con sus padres en una cultura impregnada de paganismo, Dios se le apareció y le prometió que sería el padre de una gran nación. El apóstol Pablo insistió de manera recurrente en sus cartas que Abraham representa el gran ejemplo de alguien justificado por la fe y no por las obras de la Ley (**Romanos 4:17**).

Cuando alguien abraza las promesas de Dios que se encuentran en Cristo, es inmediatamente justificado. De la misma manera, Abraham fue considerado justo por Dios porque confió en Su verdad eterna. Abraham cambió su realidad presente a causa de las promesas de Dios, y se espera que nosotros también cambiemos nuestra realidad por causa de la fe.

El patriarca Abraham, no solo demostró su fe, al salir de su tierra y de su zona de comodidad, sino también en cada altar que levantó, uno de los cuales implicó la entrega de su propio hijo Isaac, demostrando en cada paso el fruto de su fe a través de su obediencia (**Santiago 2:21**). Toda su realidad fue trastocada por la fe, en la verdad eterna expresada en las promesas de Dios.

No deseo enumerar todos los hechos de Abraham, porque en general, los hijos de Dios ya los conocemos bien. Solo proyectaré en Abraham, la figura de todos los hombres de fe, para hablar puntualmente de nosotros hoy. Este es nuestro tiempo, y somos los encargados de activar la fe correctamente en esta generación.

Cuando hablamos de la fe, es inevitable dirigirnos al capítulo once de la carta a los Hebreos, donde dice en el verso uno, que la fe es la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve. Esa palabra “*certeza*”, utilizada por la versión Reina Valera, en el griego original es “*hypostasis*”, que también significa esencia, asegurar, confianza, sustancia, garantía, etc. Por su parte, la palabra “*convicción*” en griego es “*elenjos*”, que significa prueba, convencimiento, persuasión, seguridad, evidencia, etc.

En otras palabras, la fe es un documento legal, la garantía del Rey establecida en Su voluntad, sobre la cual se ha comprometido ante Sus propios dichos. Siempre digo que la fe no está basada en nuestros deseos ni en nuestras emociones, sino en la expresión de la voluntad de Dios.

Esto debe cambiar nuestros paradigmas respecto de la fe, porque no podemos pretender cambios en nuestra realidad presente, si no encontramos legalidad en la verdad eterna. Abraham no salió de su tierra y de su parentela, porque una mañana se levantó con coraje para implementar cambios en su vida.

Tampoco dijo: “*¡Voy a disponerme a creer que Dios me dará un hijo, porque eso es lo que deseamos con mi esposa!*” Eso fue algo que Dios le habló, no algo que él determinó. Es muy probable que tanto Abraham como Sara realmente desearan tener un hijo, pero la fe no se produjo por ese deseo, sino por la verdad que Dios les habló.

Nosotros podemos desear cosas y pedir las a Dios (**Mateo 7:7**); sin embargo, eso no implica fe. Las oraciones de fe son las que están basadas en una verdad recibida, y las acciones de fe son el resultado de esa verdad impulsando los hechos en el tiempo de Dios.

Sin duda podemos vincular nuestros deseos al Reino, porque pueden ser buenos, y pensar que Dios, como Padre, no se negará a tal cosa. Pero, ¿qué pasa si esos deseos no están vinculados a Su propósito? La gran virtud de Abraham fue no solo recibir la verdad eterna y obedecerla, sino también interpretar correctamente los tiempos que estaba viviendo.

Podemos usar la vida de Abraham para impulsar nuestro entusiasmo, pero el pacto que vivimos nada tiene que ver con la vida o las acciones de Abraham. Ciertamente, estamos ligados a él por causa de las promesas y su cumplimiento en Cristo, pero nuestro pacto, en esencia, es absolutamente diferente.

Nosotros fuimos alcanzados por la gracia, recibimos la vida y la luz de Dios, fuimos justificados por la sangre preciosa de Jesucristo, y entonces recibimos al Espíritu Santo en nuestro ser interior. Luego, fuimos bautizados en el cuerpo de Cristo. Es decir, fuimos metidos en Él, y solo en Él podemos vivir, movernos y ser (**Hechos 17:28**). Él es nuestra justicia y solo en Él tenemos comunión con el Padre.

El apóstol Pablo decía: ***“Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios...”*** (Colosenses 3:3). Si ya no vivimos nosotros, sino que Cristo vive en nosotros, y lo que ahora vivimos, lo vivimos en la fe del Hijo (**Gálatas 2:20**). Nuestra realidad presente debe dejar de ser el fundamento de nuestro destino. Es la verdad eterna la que debe conducirnos al propósito divino.

“Y esta es la confianza que tenemos delante de Él, que si pedimos cualquier cosa conforme a su voluntad, Él nos oye.”

1 Juan 5:14

La fe no es simplemente creer que algo puede ser hecho o recibido, sino creerle a Dios. Por lo tanto, si Dios no nos ha hablado de una cosa determinada, solo tenemos deseos. Ese es el motivo por el cual muchas cosas no nos han funcionado. Nosotros tomamos la verdad de que podemos pedir cualquier cosa, pero nos olvidamos de que esas cosas deben estar fundamentadas en Su voluntad.

La verdad eterna debe ser interpretada bajo los parámetros que ella misma impone. No debemos tomar un versículo, y hacer doctrina sin aclarar el contexto con el respaldo de otros versículos. El derecho revelacional está basado primeramente en la permanencia de vida, no en el estudio teológico. Jesús dijo: ***“Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que queráis y os será hecho”*** (Juan 15:7).

Esto lo expresó cuando todavía el Pacto de gracia en Su vida no estaba vigente, pero Él enseñó muchas cosas con proyección. Por eso les aclaraba a sus discípulos que no era el tiempo de entender algunas de sus enseñanzas, pero que con la llegada del Espíritu Santo a sus vidas, llegarían a entender.

Hoy nosotros vivimos en esa dimensión de gracia, por lo cual debemos interpretar correctamente las palabras dichas por Jesús en los días de Su carne. Permanecer en Él y permitir que Sus palabras permanezcan en nosotros, es la clave que habilita nuestros pedidos. No puede haber fe sin permanencia, porque nosotros no oramos externamente como lo hicieron todos los hombres y mujeres del pasado. Nosotros vivimos en Cristo, y eso lo cambia todo.

Un día Dios le habló a Noé, un día le habló a Abraham, un día le habló a Moisés, pero nosotros vivimos en el Verbo y el Verbo nos habita. Para nosotros, la verdad eterna no es solo una palabra recibida, es Cristo. No comprender estas cosas en la dinámica del Nuevo Pacto, solo nos limitará a los rudimentos del pasado.

La permanencia en Él y Su permanencia en nosotros, es el derecho legal para nuestras oraciones. Insistir con verborrágicas expresiones ante Dios, no nos hará más efectivos para recibir algo. Necesitamos comprender primeramente la voluntad de Dios, del mismo modo que lo hizo Abraham. La dinámica cambió porque cambió el Pacto.

Es cierto que el **Salmo 37:4** dice: ***“Deléitate asimismo en Jehová, y él te concederá las peticiones de tu corazón”***. El problema no está en tener deseos y buscar la complacencia, sino en que nuestro corazón verdaderamente esté bajo Su gobierno. Considerando que un corazón entregado es un corazón rendido a la voluntad de Dios, ¿Por qué no habría de ser complacido por Dios? No hay contradicción alguna con este concepto. Lo que sí debemos preguntarnos es: ¿Dónde está nuestro corazón? (**Mateo 6:21**).

Es más, el Señor antes de darnos, nos pide. Lo cual es glorioso porque Él es Omnipotente y Todopoderoso; sin embargo, nos pide a nosotros. Y, ¿qué nos pide? ***“Dame hijo mío tu corazón, y miren tus ojos por mis caminos...”*** (**Proverbios 23:26**). El principio es claro: si permitimos que el Señor gobierne desde nuestro corazón, poniendo en nosotros Su verdad eterna, ¿cómo no van a ser efectivas nuestras oraciones?

Lamentablemente, lo que ocurre con muchos hermanos es que leen la Biblia, toman un versículo y luego pretenden utilizarlo como fundamento de sus deseos, pero eso no tiene legalidad en el Reino. La Biblia solo se convierte en la verdad eterna, cuando es vivificada por el mismo Espíritu del Señor. La Biblia no nos fue dada para encontrar versículos que complazcan nuestros deseos, sino los deseos del Señor.

Jesús dijo: ***“Y todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si algo pidieréis en mi nombre, yo lo haré”*** (Juan 14:13 y 14). Pero no debemos olvidar que el Señor no habló con versículos, y mucho menos cortó sus expresiones para que alguna editorial bíblica le pusiera subtítulos a sus declaraciones; sino que, sin interrupciones, continuó diciendo: ***“Si me amáis, guardad mis mandamientos”*** (Juan 14:15). En otras palabras, es como si Jesús dijera: *“Si se dejan mandar por mí y guardan mis órdenes, pueden pedir con fe, porque pedirán conforme a mis deseos, y el Padre no se negará a eso”*.

Amados, la fe es extraordinaria porque no es el resultado de una virtud humana, sino de una gracia divina. La fe es el documento legal que el Padre otorga a través de Su voluntad. Si Él lo dijo, podemos pedirlo, porque Él no miente, y si lo dijo, seguramente lo hará, porque así funciona la verdad eterna.

Esta acción es la que produce todos los cambios en nuestra realidad presente. Tal vez nuestras circunstancias presentes no sean las mejores, tal vez estemos pasando por procesos difíciles de escasez o de aflicción, pero si permanecemos en Cristo, y si la vida de Cristo permanece en nosotros, podemos recibir Su verdad eterna. Será entonces cuando podremos gestionar la fe para cambiar nuestra realidad presente.

El Reino no funciona por necesidad, porque de ser así, el mundo no estaría lleno de necesitados, y la Iglesia tampoco. El Señor no obra conforme a simples deseos, porque en tal caso, solo sería nuestro servidor. El Señor es el Rey de Gloria y solo se mueve conforme a Su voluntad. Por lo cual, una vez que la expresa, los hechos son inminentes.

Nosotros no debemos cultivar pretensiones, tratando de conmovier a Dios por medio de nuestras sentimentales expresiones. Dios nos ama, pero no se mueve por sentimientos. No podemos convencerlo de que actúe de determinada manera por causa de nuestras lágrimas; solo debemos procurar Su verdad en todo asunto y lo demás será un hecho.

Con esto no estoy sugiriendo que está mal que lloremos ante Dios. Lo que digo es que nuestras lágrimas deben estar vinculadas al propósito. No pretendo ser frío con todo esto, pero ciertamente la legalidad no tiene temperatura. Créanme que siento gran empatía por mis hermanos cuando los veo pasar por situaciones adversas, pero deseo ayudarlos con la verdad y no con mis sentimientos.

Si la causa es justa y el pedido está basado en la voluntad de Dios, toda expresión de sinceros sentimientos se torna totalmente lícita. De hecho, Jesús clamaba al Padre con lágrimas, ruegos y súplicas porque sabía que lo podía librar de la muerte (**Hebreos 5:7**). Y así fue, el Padre lo oyó y obró en favor de sus oraciones.

En el Reino, el Padre es Juez, el Hijo es abogado y Su esencia en nosotros, que es la verdad eterna, es nuestro derecho legal para caminar en justicia. Esto no me suena a sentimientos y emociones del alma, sino a legalidad entendida.

Si alguien desea hablar con un Juez, debe solicitar una audiencia y, si ya le fue otorgada, debe presentarse con un abogado. Y si lo hace, debe tener una causa que lo respalde para clamar justicia bajo esa legalidad, no bajo los deseos personales que pueda tener. No obtendrá ningún resultado llorando, gritando o tirándose al piso, sino presentando una causa justa.

Por otra parte, un abogado puede enfrentar la dura responsabilidad de defender a un familiar en una causa judicial. Es posible que lo ame profunda y sinceramente, pero no podrá defenderlo con esos sentimientos. Ante el juez, lo único que sirve es la legalidad y la pericia utilizada en su defensa.

Nosotros tenemos acceso a las cortes celestiales. Podemos acercarnos con confianza ante el Juez y hacerlo con nuestro abogado. Si nos unimos con otros hermanos, mucho mejor, pero la legalidad no está en los deseos mancomunados, sino en el documento legal proporcionado por una Palabra salida de la boca de Dios, sea para uno o para todos. Si Dios lo dijo, Dios lo hará, porque sería injusto que no fuera de esa manera. El Reino solo funciona en justicia, y por eso necesitamos la verdad eterna.

Esto es lo que en el Reino se denomina como sabiduría espiritual. La verdad eterna debe despertar en nosotros sabiduría espiritual. Algunos piensan que la sabiduría tiene que ver con saber muchos versículos de memoria, pero esto no es así. Por el contrario, tal dinámica se puede volver muy perversa, cuando no comprendemos que la sabiduría espiritual proviene primeramente de la vida, no de la Biblia.

“Más buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas.”

Mateo 6:33

Algunos hermanos bien intencionados creen que buscar el Reino es aprender teología, lo cual es una verdad a medias, porque si no priorizan la comunión con el Espíritu Santo, que es quien proporciona la luz, en lugar de encontrar el Reino de Dios y Su justicia, van a encontrar legalismo, no legalidad. Cuando el suministro de la vida nos proporciona luz, entonces operaremos desde la revelación, no desde el simple conocimiento.

Así es la fe, es el documento legal escrito en nuestros corazones por la Palabra que Dios nos habló. Tanto la que está en la Biblia, que es vivificada he impartida por el Espíritu Santo (**2 Corintios 3:6**), como toda dirección que el mismo Espíritu Santo pueda darnos de manera personal o corporativa (**Juan 16:13**), esa es la esencia que compone nuestra sabiduría espiritual, basada en la verdad eterna. Esa es nuestra legalidad ante el Padre.

Una cosa es cierta: creer es fundamental, porque Dios no miente. Pero no es creer en algo, sino creerle a alguien. En segundo lugar, Dios puede usar la fe del ministro o del ministrado, pero si es Su voluntad, simplemente Dios lo hará. Y si algo no ocurre, debemos confiar en que nada puede impedir Su obra, a menos que Él así lo considere por algún motivo. Y en tal caso, es lo mejor que nos puede pasar. “Su voluntad”, aunque esta no sea lo que nosotros deseamos o esperamos, siempre es lo mejor.

Generalmente, nos sentimos más cómodos cuando las situaciones dependen de nosotros, de nuestro esfuerzo o de nuestra actitud. Y créanme que todo eso importa, pero lo que determina resultados, solo es la legalidad de la voluntad agradable y perfecta de Dios.

Este es el principio fundamental que rige la vida del Reino, y al entrar en él, no queda otra cosa que recibir, retener y practicar la voluntad del Rey. Si es Reino, no hay otra opción que pueda desear nuestro espíritu. Por eso la fe es poderosa, porque solo existe después de haber recibido la luz y el deseo de vivir en ella.

Esto es lo que ciertamente, al igual que ocurrió con Abraham, puede cambiar radicalmente nuestra realidad presente. El apóstol Pablo hizo referencia a la fe de Abraham, basada en la verdad recibida en su corazón, y escribió lo siguiente para nosotros:

(Abraham) ***“Ante la promesa de Dios no vaciló como un incrédulo, sino que se reafirmó en su fe y dio gloria a Dios, plenamente convencido de que Dios tenía poder para cumplir lo que había prometido. Por eso se le tomó en cuenta su fe como justicia. Y esto de que se le tomó en cuenta, no se escribió sólo para Abraham, sino también para nosotros. Dios tomará en cuenta nuestra fe como justicia, pues creemos en aquel que levantó de entre los muertos a Jesús nuestro Señor”.***

Romanos 4:20 al 24 NVI

Notemos que no solo a Abraham la fe le es contada por justicia, sino también a todos nosotros, si es que creemos en Jesús como nuestro Señor, y en todo lo que Él nos hable.



Capítulo cuatro

NACIONES CAMBIADAS POR LA VERDD ETERNA

“Mejor danos un rey que nos gobierne, como lo tienen todas las naciones. Cuando le dijeron que querían tener un rey, Samuel se disgustó. Entonces se puso a orar al Señor, pero el Señor le dijo: "Considera seriamente todo lo que el pueblo te diga. En realidad, no te han rechazado a ti, sino a mí, pues no quieren que yo reine sobre ellos”.

1 Samuel 8:5 al 7 NVI

Cuando los hebreos entraron en la tierra prometida, se desviaron una y otra vez de la perfecta voluntad de Dios. Cada vez que eso ocurría, la aflicción los visitaba por mano de las naciones paganas. Esto fue una constante en la historia de Israel, porque encontramos este concepto clave que vuelvo a reiterar: *“Lo mejor que nos puede pasar es que Dios nos hable, y lo peor que nos puede pasar es que ignoremos lo que nos dice”.*

Israel ha sido la nación más favorecida de la tierra, espiritualmente hablando, pero también la más sufrida. Si

usamos la lógica, también debería ser la más favorecida en todos los aspectos naturales. Sin embargo, históricamente han sufrido como pocas, incluso hasta nuestros días.

Israel es la única nación creada directamente por Dios a través del patriarca Abraham y su hijo Isaac. También tenemos la nación formada a través de Ismael, pero ese no fue el hijo de la promesa (**Gálatas 4:22 y 23**). Israel fue la única nación gobernada directamente por Dios mismo, quien ante tantas rebeliones les puso jueces; Sin embargo, con el paso de los años perdió las elecciones, porque los judíos pidieron un rey como las demás naciones.

La historia de los reyes de Israel comenzó con Saúl, pero ante sus reiteradas desobediencias, el Señor decidió arrebatárle su corona y entregársela a David, a quien consideró como un varón conforme a su corazón, que haría todo lo que Él determinara (**1 Samuel 13:13 y 14**).

David fue tan cercano a Dios que Él le prometió mantener su descendencia a la cabeza del reinado, siempre que siguiera Sus estatutos (**2 Samuel 22:51**). El cumplimiento definitivo de esa promesa es Jesús, el Mesías descendiente de David, quien fue confirmado en su trono para siempre (**Apocalipsis 21:5**).

Luego, en los días de Salomón su hijo, hubo paz en la tierra. En este tiempo se construyó el templo de Jerusalén y la gloria del reino llegó a su punto culminante (**2 Crónicas 5:1**). Sin embargo, a pesar de haber sido el hombre más sabio

de la tierra, Salomón fue el primer rey en desviarse del camino que Dios les había mostrado (**1 Reyes 11:4 al 6**).

Luego de Salomón reinó Roboam su hijo, quien no hizo lo bueno a los ojos de Dios, sino que causó conflictos y división, al punto que el reino terminó partiéndose en dos. Por un lado, las diez tribus del norte llamadas Israel, quienes eligieron a Jeroboam como rey, separándose de las dos tribus del sur llamadas Judá, compuesta por los descendientes de David.

Las tribus de Judá permanecieron fieles a los reyes hijos de David. La capital de este reino fue Jerusalén, y ciertamente vivieron muchos procesos a través de la historia. Cuando hacían las cosas bien, la bendición se manifestaba, y cuando se apartaban de la voluntad de Dios, sufrían las consecuencias. Eso se produjo de manera constante y nos permite observar de qué manera, el respeto por la verdad eterna, puede determinar los resultados en la realidad presente de una nación. Es por eso también, que deseo señalar un momento muy especial, que fue el tiempo del gobierno del rey Josías.

“Cuando Josías comenzó a reinar era de ocho años, y reinó en Jerusalén treinta y un años. El nombre de su madre fue Jedida hija de Adaía, de Boscat. E hizo lo recto ante los ojos de Jehová, y anduvo en todo el camino de David su padre, sin apartarse a derecha ni a izquierda”.

2 Reyes 22:1 y 2

Josías, hijo de Amón, empezó a reinar porque un grupo de personas conspiró contra su padre. Al darse cuenta el pueblo de lo que habían hecho estas personas, se levantaron contra ellos y los mataron. A pesar de sus múltiples desvíos del camino de Dios, el pueblo de Judá aún era fiel a la casa de David, y en vez de poner a un adulto de entre ellos como rey, le dieron el trono al hijo de Amón, que todavía era niño.

Curiosamente, aun siendo menor de edad, Josías mostró un gran deseo de andar en los caminos del rey David, contrario a su padre, que no había hecho lo recto ante los ojos del Señor. Josías buscó a Dios y comenzó a realizar buenas acciones en pos de Él. Sin embargo, a pesar de las buenas intenciones de Josías, y siendo recto de corazón, muchas cosas permanecían impuras en el reino.

Josías no tenía una guía que le indicara claramente cuál era el problema de Israel, ni sabía muy bien cómo conducirse como rey, hasta que un día, cuando ya llevaba unos diez años de reinado, Josías se dispuso a realizar reparaciones en el templo de Dios, y los encargados de las reparaciones encontraron el Libro de la Ley que estaba perdido, y lo llevaron a la presencia del rey (**2 Reyes 22:3 al 20**).

Al leer el libro, el rey llegó a un conocimiento completo de cuán profundo era el problema de Israel. El solo hecho de que las Escrituras estuvieran olvidadas, dejaba en claro que el pueblo no tenía ni la mínima intención de hacer la voluntad de Dios. Es por eso que la condición general de la nación era muy penosa.

No había temor de Dios, no había un sacerdocio respetable y el templo estaba en un estado de gran deterioro. El pueblo había banalizado la fe, y era común encontrar altares paganos en diferentes sitios de la ciudad. Cuando el Señor enviaba profetas, los asesinaban y ni el pueblo ni los reyes respetaban las leyes que Dios había establecido a la nación antes de la posesión de la tierra.

“Y cuando el rey hubo oído las palabras del libro de la ley, rasgó sus vestidos”

2 Reyes 22:11

Cuando Safán, el escriba, leyó el Libro de la Ley a Josías, él rasgó sus vestiduras, mostrando profunda angustia y pesar por el abandono de los mandamientos de Dios por parte de la nación. Lo primero que se le ocurrió a Josías fue consultar con la profetisa Hulda respecto de qué hacer con los libros encontrados y la condición de la nación **(2 Reyes 22:14 al 20)**.

La profetisa Hulda profetizó un verdadero desastre para el pueblo de Judá, sentencia determinada por Dios debido a la idolatría y al desprecio que habían demostrado por Su Ley. Sin embargo, prometió a Josías que sería librado de ver este desastre en sus días, debido a su humildad y su deseo de agradar a Dios.

Josías reunió a todo el pueblo y leyó el Libro de la Ley para ellos, guiándolos en un nuevo pacto para seguir al Señor. Quitó todos los objetos idólatras del Templo, incluidos los

postes de Asera y otros objetos paganos. Destituyó a los sacerdotes que habían sido nombrados para realizar cultos paganos, y profanó los lugares altos donde se había practicado la idolatría, incluyendo los contruidos por Salomón para dioses extranjeros.

Josías hizo demoler los altares contruidos por los reyes de Judá en el techo del palacio, y otros altares alrededor de Jerusalén. Quitó los caballos dedicados al sol de la entrada del Templo y quemó los carros dedicados al sol. Destruyó el altar en Betel, que había sido instalado por Jeroboam para el culto del becerro de oro, y extendió sus reformas al antiguo reino del norte de Israel, profanando santuarios en Samaria y ejecutando sacerdotes paganos.

Josías reinstituyó la celebración de la Pascua, conforme a los mandamientos encontrados en el Libro de la Ley. Esto fue algo muy trascendente y necesario, no solo porque Dios así lo había ordenado, sino porque no debía perderse el significado profético que tenían las Pascuas antes de la llegada del Señor, quien en los días de su carne se manifestaría como el Cordero entregado en sacrificio, justamente para la Pascua judía.

Josías eliminó a los médiums, espiritistas, ídolos domésticos y otras prácticas detestables de Judá para cumplir completamente con la Ley de Dios **(2 Reyes 23:24)**. De hecho, Josías fue considerado por Dios como único entre los reyes por causa de su devoción total, siguiendo todos los mandamientos de la Ley sin desviación **(2 Reyes 23:25)**.

A pesar de las reformas de Josías, la ira de Dios contra Judá permaneció, debido a los pecados de los reyes anteriores, especialmente las perversiones de Manasés (**2 Reyes 23:26 al 30**). Josías murió en batalla en Meguido, pero su vida y sus acciones no fueron en vano, de hecho, nos dejan una extraordinaria enseñanza aplicable a toda nación de la tierra.

Esta historia, también nos permite comprender los motivos por los cuales, las naciones actuales sufren tantas consecuencias por estar apartadas de la voluntad de Dios. Cuando la realidad presente es calamitosa por causa de la corrupción espiritual y natural, la verdad eterna puede cambiarlo absolutamente todo. Por otra parte, cuando los gobernantes respetan y ponen por obra la verdad eterna, pueden provocar un cambio absoluto en la realidad presente de la nación.

Entiendo las diferencias del pacto en que vivía Judá, y el compromiso especial que tenían como nación de Dios. No sugiero tampoco, la redención de los sistemas de gobierno actuales. Pero no tengo dudas de que si los gobernantes de una nación y el pueblo mismo se vuelven a Jesucristo, y honran los principios de la verdad eterna, toda realidad presente puede ser trastocada por completo.

Entiendo también que hay cosas que ya están determinadas, y que el sistema babilónico irá de mal en peor, pero aun así, creo que si la Iglesia ocupa su rol, y el Reino de Dios es manifestado a través de sus santos, toda realidad

presente podría ser cambiada por causa de la verdad eterna, que sigue tan vigente como siempre. ¡Soñemos un poco!

Si combinamos los logros de David, de Salomón, de Josías, y los pasamos por la cruz, metiendo sus principios al Nuevo Pacto y la vida del Nuevo Hombre, respetando a Jesucristo como el Rey de reyes y Señor de señores; procurando el respeto y la honra a la verdad eterna, las posibilidades de cambio serían gloriosas, y aunque tal vez, alguien lo pueda considerar una utopía por causa de la creciente maldad, déjenme soñar con la verdad de lo posible, más allá de las realidades presentes. ¡Tal vez jamás veamos algo semejante, pero debemos tener en claro que sí es posible!

Lo que habría que hacer para cambiar la realidad presente de nuestras naciones, es reconocer oficialmente a Jesucristo como el gobernante supremo y la autoridad divina sobre la nación. Comprometerse con la gobernanza y la vida diaria según la Biblia, enfatizando las enseñanzas de Jesús y los mandamientos divinos. Fomentando la adoración legítima y la verdadera comunión espiritual en la Iglesia del Señor, columna y baluarte de la verdad **(1 Timoteo 3:15)**.

Con esto, no estoy sugiriendo que toda la sociedad sea llevada a una verdadera adoración y comunión con Dios, porque eso simplemente es imposible, y si fuera impuesta tal cosa, lo único que se lograría es diluir la verdad, llenando la realidad de hipocresía. Quienes deben tener una actitud de consagración y mediación es la Iglesia, porque la Iglesia es

la que tiene la autoridad y el poder del Reino. Lo que deberían hacer los gobernantes es respetar a la Iglesia y reconocer su autoridad.

Si creo, que se debería difundir la Palabra de Dios en hogares, en escuelas y en espacios públicos, asegurando el acceso a las Escrituras a todas las personas, en varios idiomas y en formatos diferentes, considerando que igualmente, todo entendimiento de las mismas, solo puede ser otorgado por la gracia soberana del Señor, pero es clave que al menos la sociedad las conozca bien.

Se debería desarrollar una red de líderes espirituales comprometidos con la enseñanza del Reino, no solo para transmitir a las personas, sobre cuál es la perfecta voluntad de Dios, sino para guiar a los gobernantes a que no se aparten de la honra a la verdad divina. Se debería honrar la verdad eterna haciendo cumplir leyes que reflejen la moralidad, la justicia y la rectitud bíblica. Asegurar que estén alineadas con las enseñanzas de Jesús y los principios generales del Reino y no de simples religiones.

Se debería establecer un sistema judicial verdaderamente justo y transparente que, pueda mantener los principios bíblicos de justicia y misericordia. Se deberían establecer programas para apoyar a los pobres, los huérfanos y los extranjeros, reflejando la compasión de Jesús y el amor de Dios en la sociedad.

Se deberían implementar medidas para la reconciliación y la restauración, proporcionando caminos para que los delincuentes se reformen y se reintegren a la sociedad. Se debería fomentar una cultura de perdón y reconciliación basada en las enseñanzas de Jesús, desterrando la injusticia y la avaricia de los ambiciosos que no tienen perjuicio alguno en pisotear a los pobres y necesitados.

Se debería integrar programas de formación que logren alinear habilidades profesionales con valores y principios bíblicos. Se debería apoyar la creación del arte, de la música y de la literatura que glorifiquen a Dios y reflejen los valores de la verdad eterna.

Se debería implementar prácticas que reflejen la mayordomía bíblica de la tierra, enfatizando el cuidado de la creación como un mandato divino. Se debería preservar y honrar la herencia bíblica y la historia nacional, asegurando que se transmita a las generaciones futuras. Se debería fomentar un sistema económico basado en la honestidad, la equidad y la mayordomía bíblica.

Se deberían desarrollar políticas económicas que apoyen a las familias y comunidades, asegurando oportunidades equitativas para todos; así como también se deberían entablar relaciones con otras naciones, de manera que refleje valores bíblicos de paz, justicia y respeto.

Esta base integral puede cambiar por completo la realidad presente de una nación. Sin embargo, también sé que

es imposible que alguien determine ejecutarla. No por causa de Dios, sino por causa de los hombres, que no accederían de manera alguna, a un plan tan absurdo y al mismo tiempo tan cierto.

El evangelio del Reino es locura para el hombre natural, y lo seguirá siendo, por lo tanto, la Iglesia solo debe permanecer firme en la verdad eterna, sabiendo que en la segunda venida del Señor encontrará su verdadera honra. Sin embargo, aunque muchos no nos crean, debemos seguir pregonando que esto es totalmente posible, y si lo es para una nación, cuanto más para una familia que se disponga honestamente en las manos del Señor.

El rey Josías quería servir a Dios, pero fue hasta que conoció la Escritura que tuvo la guía necesaria para actuar. Igualmente nosotros, no podemos hacer la voluntad de Dios, hasta que no le demos el lugar que debe tener en nuestras vidas la verdad eterna. No basta con buenas intenciones, es necesario que nos dejemos conducir por el sano consejo de Dios. Sin embargo, esto no es sencillo ni debe tomarse a la ligera, porque sabemos que históricamente muchos perversos han utilizado la verdad eterna para fabricar sus propias mentiras.

No podemos ni tan siquiera soñar con naciones cambiadas, si la Iglesia, desde su liderazgo, no logra acceder humildemente a la verdad vivificada por el Señor. Necesitamos corazones dispuestos, humildes, entregados y

sin ambiciones personales, para que la verdad cobre la relevancia que debe tener entre nosotros.

El mundo nunca respetará la verdad, si nosotros, que somos la Iglesia del Dios viviente, columna y baluarte de la verdad, no la respetamos lo suficiente. Y digo esto, porque todavía tenemos entre nosotros, demasiadas divergencias, y lo que es peor, tenemos intolerancia para debatirlas bajo la instrucción del Espíritu Santo. Hasta que los líderes de la Iglesia de hoy, no seamos lo suficientemente humildes, no podemos pretender tal pureza.

Tenemos que devolverle el gobierno de la Iglesia al Espíritu Santo. Tenemos que renunciar a las ambiciones personales, y al vano exitismo. Tenemos que dejar de competir entre nosotros, como si la Iglesia fuera el resultado de nuestros méritos personales. Tenemos que dejar de criticarnos y maltratarnos como enemigos, escudándonos en la incompetencia de los demás para justificar nuestra falta de entrega para la unidad espiritual.

Josías barrió, limpió, y purificó su reino para encontrar la complacencia divina. La pregunta sería: ¿Cuáles son las cosas inmundas y profanas que debemos limpiar en la Iglesia de hoy? ¿Serán algunas estructuras institucionales? ¿Serán algunas fortalezas teológicas? ¿Serán algunos diseños que Dios no estableció? ¿Serán el orgullo ministerial y las codicias personales? ¿Será la liviandad y la falta de reverencia de ciertos comportamientos? ¿Qué será que

deberíamos cambiar para encontrar la complacencia del Padre?

“Ahora bien afirma el Señor, vuélvanse a mí de todo corazón, con ayuno, llantos y lamentos. Rásquense el corazón y no las vestiduras. Vuélvanse al Señor su Dios, porque él es bondadoso y compasivo, lento para la ira y lleno de amor, cambia de parecer y no castiga. Tal vez Dios reconsidere y cambie de parecer, y deje tras de sí una bendición...”

Joel 2:12 al 14 NVI



Capítulo cinco

LA VERDAD MANIFIESTA EN LA REALIDAD

“Aquel que es la Palabra habitó entre nosotros. Y fue como uno de nosotros. Vimos el poder que le pertenece como Hijo único de Dios, pues nos ha mostrado todo el amor y toda la verdad”.

Juan 1:14 BLS

Como enseñé en el primer capítulo, cuando la verdad se hace presente, nuestra realidad es trastocada por completo, porque la verdad no está compuesta de simples conceptos; la verdad es Jesucristo mismo (**Juan 14:6**). Por tal motivo, la verdad es eterna e indiscutible, aun cuando no la tengamos presente o incluso si estamos viviendo una realidad contraria a la verdad.

El apóstol Juan dijo que Jesús estaba ***“lleno de gracia y de verdad”*** (**Juan 1:14**). Las Escrituras lo definen como la expresión de la verdad, el comunicador de la verdad, el testigo de la verdad, el origen de la verdad y el predicador de la verdad, porque Él era y sigue siendo la verdad

personificada. Cristo es la revelación definitiva de la verdad eterna a los hombres.

Ahora bien, al momento de Su encarnación, el mundo estaba viviendo una terrible realidad. Palestina estaba dominada por Roma, la cultura dominante del país era la judía, aunque también se hablaba en griego y ciertamente había una gran influencia helénica debido a los años de dominio griego, y a la aceptación que el pueblo judío había concedido a los griegos.

Por tanto, era un país cruzado por varias culturas: hebrea, griega y romana. Roma respetaba bastante las particularidades e instituciones de los pueblos que dominaban, por lo tanto, permitía que los judíos practicasen su fe, aunque miraban con recelo el hecho de que fueran monoteístas.

La vida de Jesús se desarrolló en el tiempo de los emperadores Augusto y Tiberio, mientras que Herodes el Grande era el rey de toda Palestina. En tiempos de Jesús, había también judíos rebeldes que luchaban por la independencia de Palestina, incluso con las armas; eran grupos revolucionarios que provocaban continuas revueltas.

Palestina se componía principalmente de dos grupos sociales: por un lado, los judíos habitantes en la misma Palestina, que convivían con los paganos romanos; mientras que, por otra parte, había bastantes judíos que vivían en

territorios alejados, tratando de evadir las influencias del gobierno y la cultura romana.

Desde el punto de vista religioso, había dos orientaciones fundamentales entre los judíos. Por un lado, los fariseos, que eran un grupo religioso al que pertenecían algunos sacerdotes, aunque la mayoría de ellos eran laicos. Cumplían la ley de Moisés estrictamente. Respetaban las tradiciones y los mandamientos de la Ley, como guardar el sábado, los ritos purificatorios, las oraciones, dar limosnas y entregar diezmos, entre otros.

Los fariseos estaban muy enfocados en estudiar la ley de Moisés. Eran influyentes y respetados. Esperaban la futura llegada de un Mesías como libertador político. Creían en la resurrección final y deseaban la independencia de Palestina. No eran amigos de los romanos, aunque vivían entre ellos.

Por otra parte, estaban los saduceos, que eran un grupo religioso al que pertenecían las familias sacerdotales más importantes. Querían también la independencia, pero vivían sin grandes problemas bajo la dominación romana. Eran muy apegados a la Ley de Moisés, pero rechazaban las tradiciones orales judías. No creían en la resurrección, y en su gran mayoría eran económicamente muy pudientes.

Lógicamente, también había toda clase de personas en la sociedad. Había gente sencilla, ajena a lo político y religioso del momento, había impíos que rechazaban toda

creencia, y había religiosos que guardaban una mezcla de judaísmo y paganismo.

También estaban los sacerdotes, quienes cuidaban el templo y ofrecían sacrificios; los levitas, quienes ayudaban a los sacerdotes; los guardias del templo, quienes ponían orden dentro del recinto del templo; los llamados escribas, los maestros de la Ley y los abogados. También estaban los ancianos, que eran hombres de gran prestigio social cuyas decisiones eran determinantes para la comunidad.

También estaban los esenios o monjes de Qumrán, quienes eran una especie de orden religiosa; los publicanos, quienes trabajaban en unidad con los romanos, ya que cobraban los impuestos a sus hermanos, oprimiéndolos a favor de Roma. Estos eran ricos y odiados por la comunidad, ya que eran considerados pecadores o traidores de la patria. Por un lado, porque no cumplían la Ley ni las purificaciones, y por otro, por esa clara identificación que tenían con las ambiciones de los romanos.

También estaban los herodianos, quienes deseaban que la familia de Herodes se hiciera cargo del poder de Palestina y trabajaban denodadamente para lograrlo. Asimismo, estaban los zelotes, que eran rebeldes y fanáticos contra la dominación romana; eran nacionalistas, patriotas, creyentes y violentos. Querían una nación libre y gobernada en nombre de Dios, por lo tanto, vivían en las sombras, pero se manifestaban violentamente con ciertas rebeliones para contrarrestar el gobierno de Roma.

En este contexto de confusión y de división cultural, política y religiosa, nació el Mesías, con el propósito que el Padre había trazado, en pos de un cambio de la realidad que su nación y el resto del mundo estaban viviendo.

Cuando vemos tantas divergencias culturales, políticas y religiosas, debemos notar con claridad que una gran mayoría de personas están viviendo bajo paradigmas equivocados y mentirosos, porque así operan las tinieblas. Los desacuerdos, las guerras y la violencia social se producen por diferencias de pensamientos.

Ante estas diferencias, no hay otra posible solución que la hostilidad, ya que nadie puede asignarse la exclusividad de la verdad, y la mayoría no renunciará a su posición. En realidad, todos los seres humanos tenemos razón, porque el don del razonamiento lo tenemos todos, pero algo muy distinto es razonar por medio de la verdad, y eso es algo que solo Dios tiene el derecho de posesión exclusiva.

Ante tanta división y confusión que había en el ahora llamado primer siglo, el Padre mandó a Su Hijo, quien era y es, nada más y nada menos que el Camino, la Verdad y la Vida (**Juan 14:6**). Sin duda, esto no puede ser bien recibido en un mundo con tantas divergencias.

Cuando alguien se levanta y dice, no solo tener la verdad, sino ser la verdad, ¿cómo no va a sufrir hostilidad? Generalmente, la realidad humana es tan conflictiva y controversial que no hay lugar para la verdad eterna. Cada

quien se cree con el simple derecho de pensar a su manera, aunque esa manera sea opuesta a la expresión de Dios.

Esto no es una novedad. Como hemos visto, desde los días de Adán esto es una constante. Los seres humanos se niegan a pensar como Dios, y aunque la evidencia de su estupidez haya manchado la historia con tantas injusticias, los seres humanos se niegan a renunciar a sus vanos paradigmas.

La verdad eterna nunca es reconocida como tal, porque ese es el trabajo de Satanás, quien es mentiroso y padre de la mentira (**Juan 8:44**). Él se encarga de sembrar sus mentiras a través de la cultura, las falsas religiones y los perversos sistemas políticos basados en ideas humanistas.

Cuando Jesús pregonó ser la verdad de Dios, cuando los cristianos de los primeros siglos se presentaban como portadores de la verdad eterna, y aun cuando la Iglesia de hoy en día pretende decirle al mundo la verdad, la violencia se levanta, no solo de manera espiritual, sino también de manera natural y física.

Jesús terminó crucificado por la hipocresía y la violencia de los religiosos, por la corrupción de los sistemas gobernantes, y por la cultura que manipuló a una sociedad idiota como para que gritaran sin siquiera saber por qué, “¡Crucifíqueno, crucifíqueno!” (**Mateo 27:23**).

La Iglesia del primer siglo penetró el sistema afectando a las familias, y se expandió como fuego sobre la hierba seca; por eso también sufrió los ataques del sistema. Miles y miles de cristianos han muerto por ser portadores de la verdad, y ninguna de esas muertes fue en vano, porque la verdad no puede ser vencida por la realidad presente.

Después de la gran reforma del siglo XV, la Iglesia volvió a sufrir la hostilidad del sistema, tan solo por levantar nuevamente la verdad en alto. Las diferentes inquisiciones impulsadas por el catolicismo de Roma, no pudieron apagar la verdad, ni pudieron evitar la influencia cultural de la Iglesia en los sistemas sociales de esa época.

Tristemente, la Iglesia de hoy en día parece haber olvidado su poder y su principal asignación. La verdad del evangelio del Reino es eterna y jamás morirá, pero la efectividad con la cual la transmitamos al mundo es clave para su expansión. Sin dudas, debemos despertar a la acción responsable de nuestra misión, porque el mundo lo está necesitando y nuestro Señor lo está demandando.

Lo que ha ocurrido en los diferentes períodos históricos se ha potenciado en la actualidad. Nuestro mundo se está volviendo un lugar cada día más violento. Hoy tenemos al menos ocho grandes guerras, además de decenas de conflictos armados de menor intensidad. La invasión de Rusia a Ucrania, la guerra entre Israel y Hamás en la Franja de Gaza; además, hay conflictos armados a gran escala en

Burkina Faso, Somalia, Sudán, Yemen, Myanmar, Tigray, Nigeria y Siria.

Como potencia mundial, Estados Unidos interviene en la mayoría de los conflictos, y respalda e impulsa las determinaciones de la OTAN, amenazando a Rusia por la actitud contra Ucrania, que a su vez es respaldada por China y Corea del Norte. A su vez, estos últimos están amenazando a Corea del Sur con posibles ataques, ante lo cual Estados Unidos también promete intervenir, y dice que también lo harán si China llegara a invadir Taiwán.

El hecho de que sigan existiendo armas nucleares en particular, plantea una amenaza cada vez mayor para la supervivencia de la humanidad. Hoy en día hay más países que nunca antes con acceso a las armas nucleares y, al mismo tiempo, las relaciones entre los Estados poseedores de armas nucleares se están deteriorando y están creciendo.

En medio de este histérico despliegue de poderes bélicos, tenemos a más de cuatro mil doscientas creencias religiosas diferentes. Es claro que la Iglesia del Nuevo Pacto no practica una religión más, sino que vivimos como ciudadanos de un Reino, pero la referencia que hago debe permitirnos notar la cantidad de mentiras que están infectando a la sociedad actual.

Esto no es inocente en la atmósfera espiritual que rodea al planeta. Por su parte, la cultura ha desarrollado una gran influencia provocada por el avance tecnológico y la

globalización, que permite el intercambio ilimitado de modas, costumbres, ideas y conceptos de vida individual y familiar.

En medio de todo esto, nosotros, como hijos de la Luz, somos portadores de una verdad eterna, que es poderosa, pero que sin dudas, ante la realidad presente, parece diluida. No por causa de su legítimo poder, sino porque la Iglesia, pareciera no reaccionar ante el rol tan trascendental que ocupa.

Lamentablemente, la Iglesia actual está dividida de manera institucional y doctrinal. Cada congregación pareciera estar solamente enfocada en sus actividades internas, ajenas a la realidad social que vive el mundo. Se ha sacado la verdad de las calles y se la ha encerrado entre cuatro paredes, lo cual nos ha robado el potencial de influencia que tuvimos en diferentes etapas de la historia.

Lo que propongo en este tiempo es que nos volvamos al ejemplo de la Verdad encarnada. Necesitamos tomar el ejemplo de Jesús, como el gran portador de la verdad eterna en el mundo. Quién, por más hostilidad que sufrió en sus días, pudo establecer en esa oscura realidad, el rayo de Luz que cambiaría para siempre las oportunidades de la humanidad.

Jesucristo personificó la verdad, y por su eternidad, es inmovible y único. La gente debería ser más precavida antes de creer que la verdad no es absoluta, porque ciertamente lo es. Algunos dicen “¡Nadie es dueño de la

verdad absoluta!” Y eso no es cierto, porque el dueño absoluto de la verdad es Dios. El problema de los seres humanos es no querer oírla.

Este pensamiento de que no hay una verdad absoluta ha sido sembrado por Satanás, quien desde siempre ha procurado poner en duda los dichos de Dios. Esto no solo ocurrió en el Edén; lo vemos con la misma vigencia en la sociedad de hoy. Por otra parte, las tinieblas reinantes nos deben dejar en claro que hay cierta lógica en esto. Lo que no podemos hacer es permitir que esas dudas penetren nuestras redimidas vidas.

Satanás miente ahora y lo ha hecho siempre a través de la historia, literalmente engañando a toda la raza humana (**Apocalipsis 12:9**). Notemos la advertencia que Pablo le hace a Timoteo al final de la carta que le escribió: ***“Oh Timoteo, guarda lo que se te ha encomendado, evitando las profanas pláticas sobre cosas vanas, y los argumentos de la falsamente llamada ciencia, la cual profesando algunos, se desviaron de la fe”*** (1 Timoteo 6:20 y 21).

Muchos piensan también que la ciencia puede revelar la verdad. Pero la ciencia no se trata de la verdad, sino del intento de los hombres por acercarse a la verdad. Esto es importante porque muy a menudo la gente piensa que los científicos tienen la verdad en un tubo de ensayo, y que pueden demostrar cuál es su esencia.

Los filósofos y los científicos han debatido la existencia de una verdad absoluta durante siglos. Pero muchos han optado por aceptar otra filosofía, conocida como “ética situacional”. La ética situacional se define como una teoría de la ética según la cual las reglas morales no son absolutamente obligatorias, sino modificables de acuerdo a situaciones específicas. En otras palabras, ellos creen que la verdad puede estar regulada por la forma en que los individuos puedan percibir la realidad presente.

En los días de Jesús, los judíos religiosos creían tener la verdad embazada en la Ley de Moisés, y ciertamente la Ley fue dada por Dios. El problema de ellos fue limitar la verdad a la letra, tratar con conceptos, pero perder de vista al Dios vivo. Ellos eran capaces de matar por la letra, pero no pudieron interpretar a la palabra viva, la verdad manifiesta en Jesucristo, el Hijo de Dios.

“Más la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren. Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren”

Juan 4:23 y 24

Como Cristo le dijo a una mujer samaritana en el pozo de Jacob, conocer la verdad es esencial para adorar a Dios. Nosotros podemos conocer muy bien la Biblia, pero si no recibimos la verdad que opera en ella, desde la impartición

de la vida de Cristo, no tenemos forma de adorar como Dios desea.

Para que la Iglesia de hoy pueda ser efectiva en un mundo tan controversial, debe primero adorar a Dios, honrando y respetando la verdad eterna, como la expresión de la vida de Cristo. Una Iglesia que se enfoca en el libro, pero no en Dios mismo, no puede ser una Iglesia que adora, y una Iglesia sin adoración, no tiene el poder que se necesita para confrontar al mundo actual.

Jesús no menospreció la Ley de Moisés; por el contrario, la cumplió. Lo que no respetó fueron las tradiciones religiosas ni las estructuras humanas. Él pareció muy controversial tan solo por hacer y decir la voluntad del Padre. Sus actitudes no se enmarcaron en las demandas de los religiosos, pero ciertamente lo hicieron en las demandas del Padre.

La Iglesia de hoy debe ser temerosa y humilde, pero no ignorante de cuál sea la perfecta voluntad de Dios. No tendremos la capacidad de vivir en las dimensiones del Reino, si estamos enmarcados en las estructuras que proponen ciertas instituciones humanas, que se jactan de ser las representantes de la verdad divina.

Jesús describió a su Espíritu Santo como el Espíritu de verdad, que eventualmente es el que nos debe guiar a toda la verdad (**Juan 16:13**). Aun en el Antiguo Testamento, cuando el Espíritu Santo no habitaba en ninguna persona, vemos el

ejemplo de hombres como David, quien había descubierto este principio más allá de la Ley escrita en las piedras.

“Encamíname en tu verdad, y enséñame, porque tú eres el Dios de mi salvación”

Salmos 25:5

David vivió un pacto muy limitado en relación con el Nuevo Pacto. Sin embargo, un patrón de comportamiento se repitió constantemente en su vida, y fue pedir dirección de Dios en todo, preguntar por Su voluntad, corregir el rumbo y pedir perdón si descubría que había cometido un pecado. David solo procuró moverse dentro de la voluntad de Dios, y por eso el Señor lo halagó como a ninguno (**Hechos 13:22**).

Nadie podía comprender algunos dichos de Jesús, y nadie sabía muy bien lo que haría cada día. Así es la verdad de Dios. Si queremos vivirla y expresarla, debemos estar atentos, comprometidos y viviendo en una profunda comunión con el Espíritu Santo. Entonces lograremos interpretar y manifestar esa verdad al mundo.

“En Él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa”

Efesios 1:13

La obra del Espíritu Santo nos permitió comprender la verdad del evangelio, y esa comprensión nos otorgó Su vida,

sellándonos para la eternidad. Cuidemos eso, no practicando una religión, no consumiéndonos en un activismo inútil que lo único que hace es alimentar el ego de algunos ministros. No busquemos el propósito eterno en el servicio de las actividades de culto.

Por favor, entiéndanme bien. Muchas de esas cosas deben ser realizadas; debemos ser responsables y es necesario que hagamos todo con excelencia a la hora de congregarnos. Pero la expresión de la verdad eterna no debe estar limitada a los cultos y las actividades internas, sino en medio de la sociedad que tanto nos necesita.

“Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad. Haced todo sin murmuraciones y contiendas, para que seáis irrepreensibles y sencillos, hijos de Dios sin mancha en medio de una generación maligna y perversa, en medio de la cual resplandecéis como luminares en el mundo; asidos de la palabra de vida”.

Filipenses 2:13 al 16



Capítulo seis

REALIDADES PERSONALES Y LA VERDAD ETERNA

“Pero tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros, que estamos atribulados en todo, mas no angustiados; en apuros, mas no desesperados; perseguidos, mas no desamparados; derribados, pero no destruidos; llevando en el cuerpo siempre por todas partes la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos”.

2 Corintios 4:7 al 10

La Biblia es un libro lleno de misterios para el alma humana. En primer lugar, porque no trata de explicar lo que para todos los seres humanos puede ser inexplicable. Nos dice que es necesario que el que se acerca a Dios crea que realmente existe (**Hebreos 11:6**), pero no explica quién es, ni cómo es exactamente la dimensión espiritual desde la cual se manifiesta.

Por supuesto, en su sano juicio, nadie discutiría las condiciones establecidas por Dios, pero ciertamente hay algunas cosas de las cuales, nos gustaría tener algo más de información. Por ejemplo, sabemos que hay una vida mejor después de la muerte, que lo perfecto llegará con la segunda venida del Señor, que habrá un futuro glorioso, pero no tenemos detalles de todo eso.

De hecho, nos ocurren cosas que no comprendemos, pasamos por procesos, sufrimos pérdidas, soportamos dolores, padecemos aflicciones de todo tipo y, sin embargo, debemos creer que nuestra realidad presente no es comparable con la gloria venidera que nos promete la verdad eterna.

Todo esto es aceptable porque lo dijo Dios, y Él no miente, pero muchas de las cosas que nos ocurren son difíciles de asumir. No porque nos generen dudas sobre Dios, sino porque no logramos comprenderlas. La vida duele, y de eso sí que no tenemos dudas; sin embargo, aferrarnos a la verdad eterna es lo más sensato que podemos hacer.

La sabiduría espiritual no implica saber todo, sino primeramente creer de manera correcta. En el mundo natural, el sabio es el que sabe mucho, pero en el Reino, el sabio es el que más fielmente cree en la verdad eterna de Dios. Esto puede parecer locura para las personas que no han recibido la gracia de la regeneración, pero para los hijos de Dios es verdadero poder de Dios.

El libro de los Hechos nos cuenta algunas vivencias de los apóstoles y de la Iglesia del primer siglo, quienes padecieron muchas dificultades y persecuciones. El propio nacimiento de la Iglesia fue con gran dolor y no precisamente como consecuencia del pecado, sino todo lo contrario. Hoy en día, muchos cristianos no quieren aceptar este hecho en sus vidas y buscan eludirlo tratando de dar explicaciones a todo, pero este no fue el proceder de un apóstol como Pablo.

Pablo fue alguien que sufrió mucho, pero, sin embargo, notamos que en su alma no quedaba ni una pizca de acusación o de amargura contra el Señor. Por el contrario, llegó a decir que se gloriaba en sus tribulaciones (**Romanos 5:3**). Esto puede ser algo absurdo o puede esconder para nosotros algunas riquezas que nos ayudarán mucho si llegamos a comprenderlas correctamente.

Pablo entendía que todas estas adversidades eran usadas poderosamente por el Señor para la formación de su carácter, por eso escribió: *“sabiendo que la tribulación produce paciencia”*. Pero también aceptaba con satisfacción sus pruebas y penalidades con la esperanza de que, de este modo, sus convertidos y demás creyentes pudieran ser librados de las mismas (**2 Corintios 4:12**).

Hubo ocasiones en las cuales Pablo sufrió presiones tan agudas que no estuvo seguro de poder seguir viviendo. Por eso escribió a la Iglesia de Corinto expresándoles lo siguiente: *“Hermanos, no queremos que desconozcan las aflicciones que sufrimos en la provincia de Asia.*

Estábamos tan agobiados bajo tanta presión, que hasta perdimos la esperanza de salir con vida” (2 Corintios 1:8). Sin embargo, y a pesar de todo, Pablo nunca consideró volverse atrás.

Pablo sufrió la opresión del sistema romano, de los religiosos judaizantes, del clima, de su salud, y aun de sus compañeros de milicia. Recordemos que uno de los acontecimientos que más marcó su relación con Bernabé fue la desertión de Juan Marcos, quien, al llegar a Perge de Panfilia, los abandonó sin motivos aparentes (**Hechos 13:13; 15:36 al 41**).

Todos los que alguna vez ejercimos el ministerio pastoral sabemos el dolor que implica la traición y el abandono. Es muy angustiante que hermanos o consiervos que compartieron con nosotros momentos especiales de amistad y koinonía, se desentiendan de nosotros con actitudes despreciativas o falsas.

Cuando nos pasan esas cosas, es fácil ceder al desánimo. No importa cuán conscientes podamos ser de que esas cosas pueden pasar en el ministerio, no hay forma de prepararse para ellas; inevitablemente duelen muchísimo. No conozco a pastores que no hayan pasado por la angustia de la traición o el desprecio.

Pablo no era de los que retrocedían, pero claramente expresaba su dolor. Cuando le escribió a su hijo espiritual Timoteo, expresó: ***“En mi primera defensa, ninguno estuvo***

de mi parte, sino que todos me desampararon; no les sea tenido en cuenta...” (2 Timoteo 4:16). Esto deja ver con claridad que Pablo no esperaba semejante desplante de quienes supuestamente él mismo había bendecido. No obstante eso, Pablo encontraba en la verdad eterna la fortaleza para superar su realidad presente.

“Pero el Señor estuvo a mi lado y me dio fuerzas para que por medio de mí se llevara a cabo la predicación del mensaje y lo oyeran todos los paganos. Y fui librado de la boca del león. El Señor me librará de todo mal y me preservará para su reino celestial. A él sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén”.

2 Timoteo 4:17 y 18 NVI

Tampoco los detractores hicieron retroceder al apóstol Pablo. Cada iglesia que él fundaba era visitada por algunos opositores que no solo ponían en duda su autoridad apostólica, sino que les predicaban a los hermanos otro evangelio basado en las obras de la Ley. Eran personas críticas, muy negativas, que cuestionaban todo lo que Pablo hacía y procuraban destruir su trabajo.

En realidad, todos los que desarrollamos un ministerio público somos criticados de una forma u otra. No importa lo que hagamos, ni cómo lo hagamos, siempre alguien nos criticará. Estas hostilidades no son las que más duelen, porque solo debemos tomarlas como de quienes vienen, pero ciertamente molestan mucho, porque son obstáculos de Satanás para el avance de la obra de Dios.

Pablo no se atemorizó, no se deprimió, ni perdió el enfoque, tampoco dudó de su llamado, ni consideró cambiar su enseñanza para no molestar a los religiosos. Por el contrario, las injusticias de los detractores de la gracia lo enardecían de manera que, aumentaba su esfuerzo y su denuedo en la enseñanza del Nuevo Pacto.

Cuando era rechazado por los judíos, se dirigía a los gentiles y aprovechaba toda ocasión para hablar con quienes estuvieran dispuestos a escucharlo. Él no buscaba fama ni reconocimiento de nadie, no dependía de la aprobación de los demás apóstoles que sí habían estado con Jesús y que, ante las personas, tenían un rango de autoridad muy especial.

Pablo no se detenía ante nada. Cuando estaba en Listra, llegaron unos judíos de Iconio y Antioquía, y, convenciendo a la gente para que se pusiera en su contra, fue apedreado de manera que pensaron que estaba muerto y lo arrastraron fuera del pueblo. Sin embargo, Pablo se levantó y entró nuevamente al pueblo para seguir predicando (**Hechos 14:19 y 20**).

Con Bernabé, en su primer viaje misionero, tuvieron que pasar por muchas adversidades. Al llegar de regreso a sus casas, muchos en su lugar habrían pensado que ya era suficiente, que ya habían pagado el precio. Pero Pablo no era así. Al poco tiempo, buscó a Bernabé nuevamente con la finalidad de regresar a los mismos sitios donde habían estado anteriormente, y esto a sabiendas de que muy probablemente volverían a tener problemas (**Hechos 15:36**).

Además, hubo momentos en los que Pablo estuvo solo, sin tener a nadie en quien apoyarse. Por otro lado, sufrió muchas desilusiones en la obra de Dios; en algunos casos hubo personas que prometían mucho, pero que se echaron atrás (**Hechos 13:13**), y otros que debían dar frutos después de que él los impartiera, pero se apartaron amando al mundo, como el caso de Demas (**2 Timoteo 4:10**).

Sin permitir que las circunstancias determinaran su actitud, cuando estuvo preso y encadenado junto a Silas, aun después de ser azotados con varas en Filipos, ellos se pusieron a cantar himnos a Dios (**Hechos 16:23 al 25**). Muchos en esas mismas circunstancias estarían lamentándose de su desgraciada situación, pero Pablo y Silas se negaron a permitir que la realidad presente que los afligía determinara sus actitudes.

La realidad presente de Pablo durante todo su ministerio fue muy difícil, pero la verdad eterna operando en su vida fue más fuerte que toda adversidad. Notemos algunos detalles según la versión Lenguaje Sencillo: ***“¿Son servidores de Cristo? Yo lo soy más todavía, aunque sea una locura decirlo. Yo he trabajado más que ellos, he estado preso más veces, me han azotado con látigos más que a ellos, y he estado más veces que ellos en peligro de muerte. Cinco veces las autoridades judías me han dado treinta y nueve azotes con un látigo. Tres veces las autoridades romanas me han golpeado con varas. Una vez me tiraron piedras. En tres ocasiones se hundió el barco en que yo viajaba. Una vez pasé una noche y un día en alta mar, hasta***

que me rescataron. He viajado mucho. He cruzado ríos arriesgando mi vida, he estado a punto de ser asaltado, me he visto en peligro entre la gente de mi pueblo y entre los extranjeros, en la ciudad y en el campo, en el mar y entre falsos hermanos de la iglesia. He trabajado mucho, y he tenido dificultades. Muchas noches las he pasado sin dormir. He sufrido hambre y sed, y por falta de ropa he pasado frío. Por si esto fuera poco, nunca dejo de preocuparme por todas las iglesias. Me enferma ver que alguien se enferme, y me avergüenza y me enoja ver que se haga pecar a otros. Si de algo puedo estar orgulloso, es de lo débil que soy” (2 Corintios 11:23 al 30).

En la carta que escribió a los Filipenses, Pablo mencionó varias veces sus circunstancias, todas relacionadas con su confinamiento como prisionero (**Filipenses 1:13 al 16**). No es difícil imaginar cómo esto tuvo que afectar a un hombre tan dinámico como Pablo. Su deseo habría sido andar de ciudad en ciudad, predicando en las calles y plazas, fundando nuevas congregaciones allí donde el evangelio todavía no había sido predicado. Pero llevaba mucho tiempo privado de esto.

Hasta donde sabemos, pasó dos años encarcelado en Cesarea y otros dos en Roma. Otro en su lugar se habría desesperado después de tanto tiempo encerrado dentro de las estrechas paredes de una prisión, pero Pablo no permitió que sus circunstancias le obligaran a terminar su carrera antes del tiempo marcado por el Señor.

Leyendo las cartas que escribió desde su cautiverio, comprobamos que su mente no se estancó en la inactividad y la desesperación. Por el contrario, se valió de todas las posibilidades que su nueva situación le proporcionaba y convirtió aquel reducido cuarto, en un cuartel general desde el que dirigir una incesante actividad misionera.

No permitió que las injusticias que sufría, le llenaran de amargura e irritación, y buscó nuevas oportunidades para hacer el bien en las situaciones que se le presentaban. Y si reflexionamos sobre esos años de la vida del apóstol Pablo, fácilmente concluiremos que fueron los más fructíferos de su ministerio.

Por un lado, pudo predicar a los soldados que le custodiaban por turnos, de tal manera que el evangelio fue conocido en todo el pretorio (**Filipenses 1:13**), y así comenzó un avivamiento que se extendió por los cuarteles de la casa imperial. Pero también, el hecho de que Pablo estuviera inmovilizado en una cárcel le impedía visitar las iglesias que él había fundado, de tal modo que tuvo que escribir varias cartas para tratar los diferentes problemas que iban surgiendo.

Sin duda esto fue dirigido por la providencia divina, porque si Pablo hubiera ido en persona a estos lugares, nosotros no tendríamos hoy, de muchas de sus cartas y habríamos perdido su importantísima enseñanza. Ante esta perspectiva, el apóstol sentía gozo en medio de sus tristes

circunstancias. Como él decía: ***“Cristo es anunciado; y en esto me gozo, y me gozaré aún”*** (Filipenses 1:18).

Pablo no permitió que sus circunstancias determinaran su grado de contentamiento. Vivía por encima de sus circunstancias y no estaba dispuesto a sentirse como una víctima digna de compasión. No iba a cultivar un carácter avinagrado, ni se iba a endurecer por las dificultades, no se iba a llenar de rencor ni a volverse un hombre negativo. Y todo esto porque entendía que él estaba allí por decisión divina y, por lo tanto, decidió someterse gustosamente a la situación.

“He aprendido a contentarme, cualquiera que sea mi situación. Sé vivir humildemente, y sé tener abundancia; en todo y por todo estoy enseñado, así para estar saciado como para tener hambre, así para tener abundancia como para padecer necesidad. Todo lo puedo en Cristo que me fortalece”.

Filipenses 3:11 al 13

Pablo confiaba en la verdad eterna, y por ese motivo, procuraba encontrar sentido en su realidad presente. Por ejemplo, él sabía que su testimonio y lo que había recibido del Señor era extraordinario, por lo tanto, admitió que cualquiera en su lugar podría haber sentido cierto orgullo. Es por eso que al sufrir un aguijón en su carne, entendió que la razón era para que pudiera mantener su humildad (2 Corintios 12:7).

Es como si Pablo llegara a comprender que Dios no estaba dispuesto a cambiar todas sus circunstancias, sino que pretendía cambiarlo a él, fortaleciéndole para que pudiera enfrentarlas. Entendió que si se refugiaba en la gracia de Dios, ninguna dificultad podría destruirle, sino que, por el contrario, le ayudarían a cambiar en la persona que Dios quería que fuera, un hombre mucho más fuerte y mucho mejor.

Todo esto puede ser muy difícil de entender para una sociedad que asocia las aflicciones solamente con el mal, una sociedad en la que se asocia la bendición o el poder de Dios con el bienestar y la ausencia de problemas. Pero Dios no está edificando Su Reino sobre la base del poder humano, sino sobre nuestra debilidad y nuestra insuficiencia.

Considerando la trayectoria del apóstol Pablo, nadie imaginaría que hubiera tenido algún tipo de limitación. De hecho, la inmensa mayoría de los hombres que están sanos y fuertes no serían capaces de llegar a hacer lo que él hizo. Pero la gracia hace fuertes a los débiles, de tal manera que puedan llegar más lejos que aquellos que tienen todas sus capacidades intactas.

Por lo tanto, en lugar de buscar culpables para nuestra realidad presente, o insistir en preguntarnos por qué tenemos que atravesar por ciertos padecimientos, debemos concentrarnos en buscar la gracia de Dios, que es la que nos hará fuertes en Él. La fortaleza de Dios se manifiesta en nuestras vidas cuando reconocemos nuestra debilidad.

Por último, cuando Lucas termina el libro de los Hechos, encontramos a Pablo predicando el evangelio en una casa alquilada en Roma. En aquel momento ya llevaba dos años allí, a los que habría que añadir, los otros dos que había pasado en Cesarea. ¿Qué pasó al final de este periodo? Bueno, probablemente fue liberado, aunque no mucho tiempo después estaba nuevamente aprisionado en Roma, y se sabe que este segundo encarcelamiento fue mucho más duro que el primero.

En esta ocasión no había grupos de amigos que lo acompañaran en su celda, puesto que los cristianos en Roma habían sido asesinados y esparcidos. En ese periodo escribió la segunda carta a Timoteo, en la que nos describe algunas de sus circunstancias personales, revelando las miserias de su calabozo y su soledad (**2 Timoteo 4:9 al 13**).

En esa carta le ruega a Timoteo que le traiga un capote que había dejado en Troas para defenderse de la humedad de la prisión y del frío invierno. Le pide también que le lleve sus libros y pergaminos para poder aliviar el tedio de las horas solitarias con el estudio, y la meditación que siempre había amado. Pero sobre todo, suplica a Timoteo que venga él mismo, porque estaba anhelando sentir el toque de una mano amiga.

Por otro lado parece que ya había tenido lugar una primera defensa en la que pudo predicar el evangelio públicamente ante toda la corte, aunque todos sus amigos le

habían desamparado, si bien él reconoció que el Señor estuvo en todo momento a su lado (2 Timoteo 4:16 y 17).

“Yo ya estoy para ser sacrificado, y el tiempo de mi partida está cercano. He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está reservada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida”

2 Timoteo 4:5 al 8

Los historiadores dicen que Pablo fue decapitado en Roma. Por supuesto, no es justo que un héroe de la fe como él, muriera de esa manera, o cualquiera podría pensar que el mismo Dios que liberó a Pedro de la cárcel, o que libró al mismo Pablo cuando estaba con Silas, podría haberlo liberado una vez más. Por supuesto que sí, claro que podría haberlo hecho, pero era su tiempo, era además su esperanza, por eso le llegó el tiempo de su descanso. Él lo sabía, por eso dejó escrito: ***“Por lo cual asimismo padezco esto; pero no me avergüenzo, porque yo sé a quién he creído, y estoy seguro que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día”*** (2 Timoteo 1:12).

Pablo no había sido vencido. Él consideraba que su realidad presente no era comparable con la gloria que lo alcanzaría eternamente. Todos los sufrimientos por los que había pasado a lo largo de su ministerio, e incluso la muerte que él mismo anunciaba claramente, todo ello había valido la

pena con tal de servir al Señor, bajo el respaldo y el poder de la verdad eterna.

Debemos aprender, a través de la vida de hombres como Pablo, que la realidad presente, cualquiera sea, no es un limitante para nuestro servicio a Dios, porque la verdad eterna es la que nos debe sostener, más allá de toda realidad que podamos estar viviendo.

El estancamiento espiritual es uno de los problemas más comunes del liderazgo cristiano de hoy. Y esto es grave, porque al perder la frescura espiritual, la visión comienza a empañarse. Cuando se pierde de vista la gloria de la verdad eterna, las realidades presentes procuran absorber la unción poco a poco. Si queremos enfrentar efectivamente la hostilidad de los tiempos finales, no debemos permitir tal cosa.

“Dios me dijo: Te basta con mi gracia, pues mi poder se perfecciona en la debilidad. Por lo tanto, gustosamente haré más bien alarde de mis debilidades, para que permanezca sobre mí el poder de Cristo. Por eso me regocijo en debilidades, insultos, privaciones, persecuciones y dificultades que sufro por Cristo; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte”.

2 Corintios 12:9 y 10 NVI



Capítulo siete

REALIDADES ESPIRITUALES VERDADES PRESENTES

“Ciertamente no me conviene gloriarme; pero vendré a las visiones y a las revelaciones del Señor. Conozco a un hombre en Cristo, que hace catorce años (si en el cuerpo, no lo sé; si fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe) fue arrebatado hasta el tercer cielo. Y conozco al tal hombre (si en el cuerpo, o fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe), que fue arrebatado al paraíso, donde oyó palabras inefables que no le es dado al hombre expresar.

2 Corintios 12:1 al 4

En el título de este capítulo, he invertido el título del libro, porque hay realidades que están presentes, pero son netamente espirituales, y hay verdades que son eternas, pero que también están presentes. Estas realidades espirituales apasionan mucho a la mayoría de los cristianos, aunque no todos llegan a comprenderlas bien, por eso creo que será bueno que, a través de esta enseñanza, podamos sumergirnos un poco en ellas.

Vivimos en dos dimensiones muy claras: la natural y la espiritual. Esta última puede llegar a ser casi imperceptible para las personas que no han recibido la luz de Cristo, o para aquellos que están sumergidos en prácticas espirituales provenientes de la oscuridad.

Toda persona interactúa naturalmente con la dimensión física, porque el pecado nunca nos desconectó de lo terrenal. Es decir, cuando el hombre fue creado, recibió la naturaleza de la tierra, porque de la tierra fue formado, y recibió el aliento divino, porque su esencia espiritual provenía directamente de Dios.

El pecado desconectó al hombre de Dios (**Isaías 59:2**), pero no lo desconectó de la tierra. De hecho, el Señor sentenció que, al ser alcanzado por la muerte, tendría que volver al polvo (**Génesis 3:19**), pero, sin embargo, no podría volver al Creador, al menos hasta que la redención lo volviera a establecer en dicho privilegio de comunión espiritual (**Colosenses 1:20**).

El cuerpo físico, con todos los sentidos, es el que nos permite entrar en contacto con el mundo material. Por ello, podemos calificar al cuerpo como la parte que nos hace conscientes del mundo que nos rodea. El alma, por su parte, es nuestra característica individual del “yo”. Está formada por el intelecto, los sentimientos, las emociones, el carácter, y otras múltiples expresiones de la personalidad individual. El alma está ligada al mundo espiritual a través del espíritu y al mundo material a través del cuerpo.

El espíritu es la parte mediante la cual podemos tener comunión con Dios y comunicarnos con Él. Es donde nuestros sentidos espirituales nos conectan con esa dimensión para ver, oír, hablar, sentir y adorar al Padre, a la vez que podemos recibir la luz de Su voluntad, Su autoridad y Su poder. Es también el que nos otorga la capacidad de reconocer las operaciones de las tinieblas.

Dios habita en la comunión con nuestro espíritu, el yo es el que radica y opera en el alma, mientras que los sentidos viven en el cuerpo físico. Antes de la regeneración vivíamos bajo los deseos de la carne y el gobierno de nuestra alma; a la vez, nuestro espíritu, carente de la vida de Dios, estaba en absoluta limitación.

Cuando recibimos la vida de Dios, nuestro espíritu fue vivificado, recibiendo el gobierno de Dios y ejerciendo su rol de legítima autoridad. Nuestra alma pasó a ser como un mayordomo que, entrando en un proceso de redención, va adquiriendo la capacidad de comprender el bien y el mal. La carne, por su parte, sigue teniendo muchos deseos, pero aunque demanda como siempre, ya no es complacida por un alma sin luz, sino por el gobierno espiritual. Por eso, a pesar de sus posibles desacuerdos, es sujeta una y otra vez a la voluntad del Señor.

Podríamos decir que nuestro espíritu se convierte en la parte más noble de nuestro ser, y también la más profunda y eterna. El cuerpo es la parte más pobre de nuestro ser, porque de manera externa procura resistir a un ineludible proceso de

muerte que inevitablemente lo alcanzará. Entre estas dos expresiones de nuestra vida permanece nuestra alma, donde el espíritu y el cuerpo se fusionan, y la tienen como sede de la personalidad, la administración y la influencia.

Nuestro cuerpo es la cubierta externa del alma, mientras que el alma es el envoltorio externo de nuestro espíritu. El Espíritu Santo habita en la comunión con nuestro espíritu y, desde ahí, nos transmite Su pensamiento de manera espiritual. Nuestro espíritu se encarga de decodificar lo que recibe, permitiendo que la gracia del Señor nos corra los velos del alma para entender, y nuestra alma utiliza a nuestro cuerpo para obedecer la orden del Señor.

Esta recuperación de las capacidades espirituales, sumadas a las capacidades físicas que teníamos, nos convierte en seres capaces de percibir e interactuar con el mundo físico y con el mundo espiritual. El físico es el que consideramos como natural, y es donde transitamos la realidad presente, mientras que el espiritual es donde se manifiesta el Reino, y donde recibimos la verdad eterna.

La realidad física es temporal, cambiante y todavía afectada por la muerte. En este plano, todo tiende al deterioro, al envejecimiento y a la muerte. Notemos que la vida de nuestro planeta se desarrolla, pero está en permanentes procesos de muerte. Por supuesto, ya llegará el tiempo de lo perfecto, pero momentáneamente debemos asumir esta situación como nuestra realidad presente.

La realidad espiritual es eterna, y la eternidad nada tiene que ver con el tiempo; es una dimensión a la que accedemos al recibir la vida de Cristo. En esta dimensión se manifiesta el Reino de Dios, y en Su Reino no hay muerte. Por su parte, el reino de las tinieblas también es espiritual, pero está bajo condenación porque le llegará su día final.

La realidad natural o física es muy dolorosa porque está sujeta a cambios permanentes. Es inevitablemente azotada por lo malo, y lo bueno no tiene chances de perdurar. Un día nos regocijamos ante un buen momento y, al poco tiempo, estaremos llorando por alguna aflicción. Quisiéramos evitar el dolor sin resultados, y retener la felicidad sin éxito alguno. Sin duda, la realidad presente duele, porque otorga, y quita con la misma insensible facilidad.

Nos gozamos con todo nacimiento, e inevitablemente lloraremos por la muerte de nuestros seres queridos. Nos gozamos con algunos logros personales, pero también padeceremos la pérdida de todo lo recibido. La vida nos deleita, pero también se nos va, sin permitirnos retener terrenalmente alguno de sus beneficios.

Sé perfectamente de nuestra esperanza, de nuestra eternidad espiritual, de nuestras recompensas eternas, del cuerpo glorificado que recibiremos, del Reino eterno y de todo lo que la verdad nos ha permitido asimilar. Pero no me estoy refiriendo a esas verdades ahora; estoy expresando lo

que significa la realidad presente que nos contiene en este mundo, y los efectos que nos produce.

Los años se nos pasan rápidamente, deseamos mucho la plenitud y nos preparamos para ella, pero al llegar a la plenitud general, sin saber muy bien cuál es el momento exacto en que la conseguimos, nos comienza a abandonar sin misericordia. Cuando somos mayores, miramos hacia atrás y reconocemos el momento en el que alcanzamos la cima de nuestra vida, pero ya es tarde; solo estamos mirando hacia atrás, sabiendo que por delante nos quedan las esperanzas eternas, pero todas ajenas a este cuerpo de muerte.

Imaginemos entonces la desolación de aquellos que no han recibido la vida y la luz del Señor. Aquellos que nada saben de la dimensión eterna, que simplemente saben que la vida se les está yendo, y que todo lo que han procurado y amado con intensidad, también les está siendo arrebatado. Sin duda, la realidad presente duele, y Dios lo sabe muy bien.

Es cierto que mientras estemos en este cuerpo de muerte, podemos acumular experiencias de alegría, amor, pasión, emociones, sensaciones, placeres y hermosos recuerdos. Es cierto que el consejo radica en vivir con intensidad, rescatando cada día lo mejor de nuestras experiencias, pero aun así, la vida dolerá en muchas ocasiones; por eso debemos vivirla con sabiduría.

Jesús dijo que no nos afanáramos por nada, que cada día traerá en sí mismo su propio afán (**Mateo 6:34**). Él nos

enseñó a enfocarnos en lo que permanece y no en lo que perece (**Mateo 6:19 y 20**). Nos enseñó que tomar la cruz en la realidad presente es acceder a las virtudes de las verdades eternas (**Mateo 16:24**).

Las Escrituras nos enseñan a no sentirnos como aquellos que no tienen esperanza (**1 Tesalonicenses 4:13**); nos enseñan que lo glorioso vendrá y que será mucho mejor de lo que podemos vivir en esta tierra (**Romanos 8:18**). Nos dicen que toda lágrima se acabará, que todo inevitable sufrimiento terminará, y que el gozo de lo eterno nos contendrá para siempre (**Apocalipsis 21:4**).

Mientras tanto, en la realidad presente, el enemigo de nuestro ser, manifestado a través de todos los seres espirituales de las tinieblas, conspira para que no podamos caminar en el propósito eterno diseñado por Dios. Su único fin es que no se consuma en la tierra la voluntad de Dios. Siempre ha sido así desde el principio. Él busca nuestra desconexión espiritual, procura entorpecer nuestra comunión y entendimiento de las verdades eternas.

Las tinieblas no están enfocadas en evitar nuestra felicidad humana; de hecho, no tienen problema en ofrecerla a través de ilimitados placeres. El enemigo sabe que, al final, todo eso es temporal y lo vamos a perder. Su interés principal es impedir que caminemos en los diseños del Reino de Dios.

Nosotros tenemos la misión de vivir en un justo equilibrio entre lo natural y lo espiritual. No debemos

enfocarnos solamente en lo terrenal, porque perderemos todo nuestro potencial edificando lo que al final simplemente vamos a perder. Tampoco debemos enfocarnos solamente de manera espiritual, porque terminaremos siendo místicos e inefectivos en la manifestación del Reino a través de nuestras obras.

La Iglesia es un cuerpo espiritual que necesita expresarse a través de nuestros cuerpos físicos. Por ejemplo, los hechos de Pablo perduran hasta nuestros días, porque fueron realizados desde la verdad eterna, pero le fue necesario expresarlos físicamente, más allá de las limitaciones y el dolor de la realidad de sus días.

¿Por qué motivo el apóstol Pablo no anda por las iglesias predicando? Sería glorioso poder escucharlo, pero los muertos no predicán. Él ya está completamente en la dimensión de la eternidad y ciertamente está vivo espiritualmente, pero la vida corporal es nuestro derecho legal para la redención. Solo tierra redime tierra, por eso los ángeles tampoco andan predicando por ahí.

Con esto, debemos aprender que la buena administración de nuestros días físicos, es lo que nos permitirá trascender eternamente con frutos de verdad. Todo lo que podamos hacer en nuestros días para manifestar el Reino, y caminar en el propósito eterno no se perderá, sino que permanecerá para la gloria de nuestro Dios.

No debemos permitir que el enemigo nos engañe con los deseos de la carne, los deseos de los ojos o la vanagloria de la vida (**1 Juan 2:16**). Debemos comprender que sus ataques vienen bajo la esencia del mal, vienen para robar, matar, destruir y afligir (**Juan 10:10**). Sin embargo, si es detectado, envasará todos sus ofrecimientos en el bienestar y el placer; lo que importa para las tinieblas es el resultado, no las formas que utilice.

Hoy en día muchos hermanos están siendo afectados por la operación de las tinieblas a través de la cultura actual. La expresión de una era posmoderna los está desenfocando del Reino y los está consumiendo con sus características muy especiales como el relativismo, que no es otra cosa que la manera de entender la realidad y el conocimiento relativizando todo, lo cual pretende descalificar a la verdad absoluta.

Por otra parte, la cultura de hoy tiene una cosmovisión muy especial a la hora de interpretar el mundo y la vida, como algo que en el hoy, no debe ser desaprovechado con ninguna actividad que no contenga el disfrute correspondiente. Eso también nos lleva al individualismo que opera hoy en día, con una clara tendencia al obrar personal, según los intereses propios, sin importar las necesidades ajenas.

También el enemigo está utilizando como un arma espiritual muy poderosa la cultura del consumismo. Esa tendencia al consumo excesivo e innecesario que les hace sentir a las personas que siempre les falta algo para llegar a

ser felices, pero que al final solo los atrapa en una loca carrera sin fin.

Vemos también la operación del egocentrismo, o la valoración excesiva del “yo” como el centro de todo esfuerzo, lucha o conquista. No hay altruismo en las acciones de hoy en día, o mejor dicho, las encontramos de manera excepcional, pero no como consecuencia de la lógica o de las expresiones comunes de la vida.

Hoy en día, la cultura reinante está desintegrando por completo los valores éticos y morales, originados en el conocimiento de la voluntad divina. El desprecio por la Palabra de Dios como medio de influencia social es absoluto. Por el contrario, se pretende que la imposición de toda verdad divina es autoritarismo y abuso.

También se está degradando el valor de las palabras, y de todo lo que represente una autoridad. Primeramente, en la familia, los padres han dejado de tener la autoridad que en algún momento tuvieron. En los ámbitos de estudio, de trabajo y de la sociedad en general, las autoridades tampoco tienen ya la voz que alguna vez tuvieron, y por tal motivo han perdido la honra y el sano poder.

Nada de esto es inocente, porque de alguna manera penetra la mente de los santos, así como la vida de la Iglesia como comunidad. Es necesario que en la Iglesia haya autoridades para generar el orden divino. Así lo implica el diseño establecido por Dios, y esto está siendo afectado por

la degradación que todo liderazgo está sufriendo en el mundo.

No debemos ignorar las realidades espirituales que nos rodean. No solamente de parte del bien, sino también por causa de las tinieblas. Hace unos años, la Iglesia le echaba la culpa de todo al diablo, lo cual no fue sensato ni bueno para el propósito, pero hoy en día, simplemente llegamos a pensar que no existe, que podemos todo, sin importar las influencias o el mal que algo, nos pueda causar a nuestra comunión con Dios.

Debemos lograr un sano equilibrio entre las realidades espirituales y la verdad eterna de Dios. No debemos tener temor de las tinieblas, pero no debemos ignorar sus maquinaciones (**2 Corintios 2:11**). Por último, debemos aprovechar bien el tiempo porque los días son malos (**Efesios 5:16**). No debemos distraernos tanto por causa de las realidades presentes; debemos estar más enfocados en las verdades eternas del Reino.

Es bueno que disfrutemos la vida y que seamos felices en la medida en que lo podamos ser, pero nuestro mayor deleite debe ser la presencia del Señor. Nuestro enfoque principal debe ser Su voluntad, y nuestra motivación principal de vida, Su propósito eterno. Al final, la vida física se nos está yendo; lo mejor que podemos hacer es administrarla correctamente, invirtiéndola en el Reino.

Conclusión:

“No permitamos que las realidades presentes, nos impidan el reconocimiento y la expresión de la verdad eterna”.



RECONOCIMIENTOS

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en [mí página personal](http://www.osvaldorebolleda.com) **www.osvaldorebolleda.com** y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Pastor y maestro
Oswaldo Rebolleda



El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

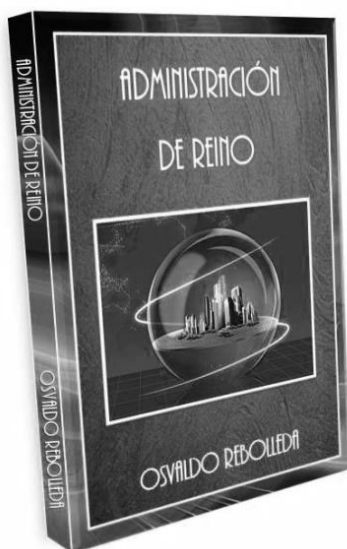
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE)

Y ministra de manera itinerante en Argentina

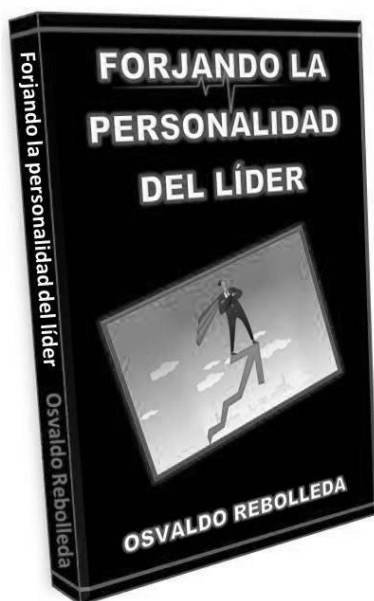
Y hasta lo último de la tierra.

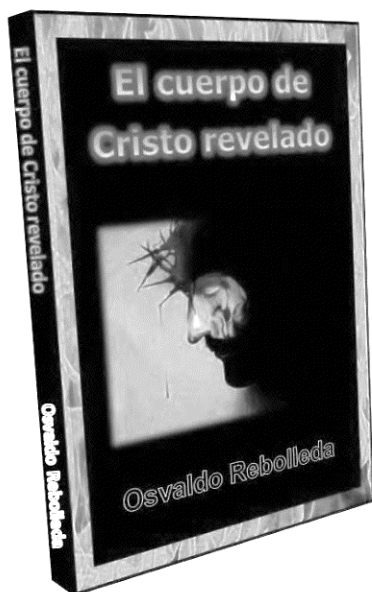
rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com

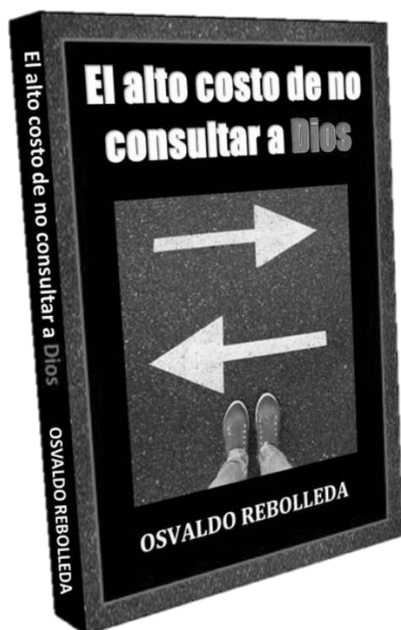


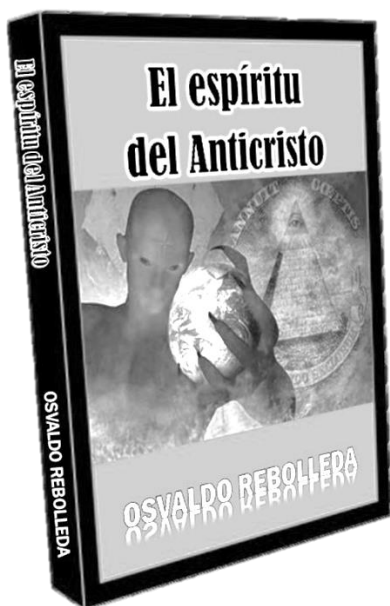
www.osvaldorebolleda.com



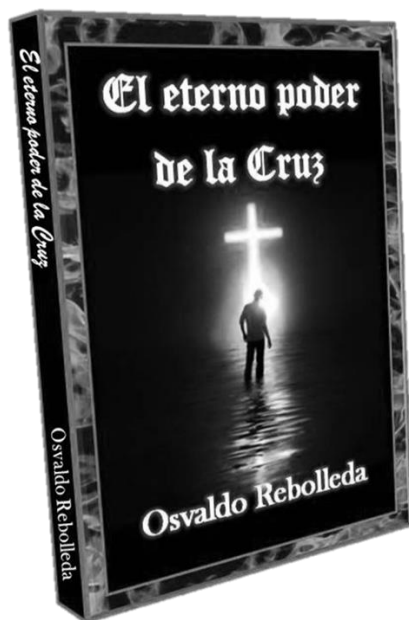
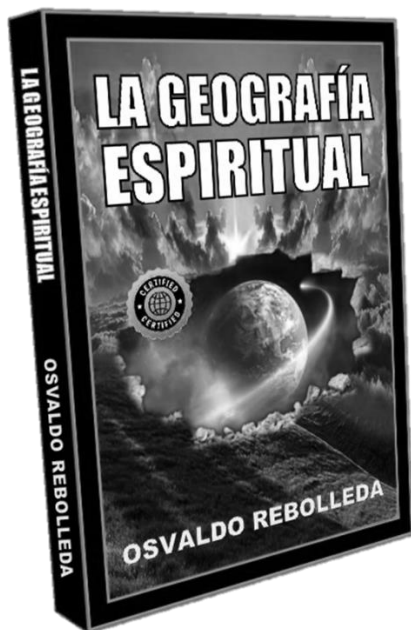


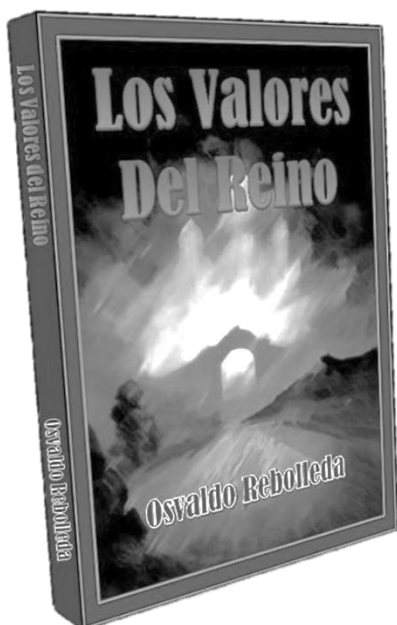
www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com

